





Convención onírica

Bernardo Barrientos Domínguez obtuvo mención honorífica en cuento en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2014. El jurado estuvo integrado por Guillermo Samperio, Ana García Bergua y Vivian Abenshushan.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

BERNARDO BARRIENTOS DOMÍNGUEZ

Convención onírica



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez, Joaquín
Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Convención onírica

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Bernardo Barrientos Domínguez

ISBN: 978-607-495-406-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/35/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mi jefecita santa

Tendencia

Puede usted pasar.

Entras en el vestidor; llevas tres pantalones de mezclilla ajustados. Uno de ellos desteñido y manchado a propósito desde la fábrica. Otro con hoyos y parcheaduras. También has traído cinco camisetas, igualmente ceñidas al cuerpo, de bandas musicales con frases irónicas o en contra del sistema. Procuraste que la mayoría tuvieran capuchas y colores oscuros. Afortunadamente te dejaron meter los tenis de patinador, los Reeboks viejitos y esas botas grandes y carísimas. Lástima que no tenían en tu número los mocasines de cáñamo. Recuerda que necesitas un bigote afrancesado. El morral te queda bien; ya lo sabías. ¿Por qué no te compras una camisa a cuadros, un par de libros y una bicicleta anticuada para dar el *gatazo*?

Sales del vestidor; efectivamente pareces un *hipster*. ¿Qué tal, joven, qué le parecieron las prendas? Te las llevas todas. Pago en efectivo. La felicidad es tal que tus lentes de pasta no necesitan graduación.

En pocos minutos, un número astronómico de personas te miran con desdén, fruncen el ceño como si oliera nefasto. Al principio no lo comprendes, pero una jovencita te explica que tu estilo *hipster* ha pasado de moda. Deberás comprarte la nueva tendencia.

Tiras toda la ropa que compraste a la basura. Te sientas y reposas. Puede usted pasar.

Entras en el vestidor; siete camisas, tres rosas, una negra y tres azules. Un par de playeras Polo. Te cercioras de probártelas abiertas hasta el ombligo. Pantalones negros y de mezclilla. Impecables. Te ves guapísimo, *Papaloy*. Un par de zapatos, de piel y gamuza, de cocodrilo se ven muy bien. Afortunadamente no necesitas calcetines. Te rasuras. Ensayas. “Qué paso, princesa, ¿unas *cheluquis* y unos *takeshis* en la *alberquirri*?” Ay, *papawh*. Cadena de oro y rosario de madera como suelen llevar los santos. Lentes oscuros a toda hora. Haces cara de fuchi. Te tomas cien fotos con el mismo gesto. ¿Estás seguro de no haber olvidado nada?

Sales del vestidor. Eres todo un *mirrey*. ¿Qué tal, joven, qué le parecieron las prendas? Te las llevas todas. Pago con tarjeta. La felicidad es tal que le dices a la vendedora con aires de pedantería: ¿Colchón o nada, reina?

Al poco tiempo de estrenar el atuendo, lo primero que notas es que nadie a tu alrededor se viste como tú. Te sientes incomprendido y una muchachita te dice que la moda de los *mirreyes* ha cedido el paso a la moda del reguetón. En ese momento la frustración se apodera de ti. Te arrancas la camisa como si fueras un animal y

destruyes las demás prendas y accesorios de hace diez minutos. Enviciado, corres al siguiente aparador.

Puede usted pasar.

Entras en el vestidor; llevas pantalones cortos y largos, todos de cintura ancha. Playeras y jerseys igualmente de talla grande. Flexionas las rodillas y mueves las manos como retrasado. Es preciso, sobre todo, que uses una gorra estilo camionero con la visera rígida para cada segundo de tu vida. Ten cuidado, no distraigas tus pensamientos del dinero y el sexo. *Perreas. Perreas* mucho tiempo frente al espejo. Te preparas. Te aseguras de usar una chamarra muy amplia, para gordos. Piensas detenidamente en las joyas, las cadenas con símbolos de dólares y los aretes. ¿Cómo le dicen? Brilla, brilla, mi *bling, bling*.

Sales del vestidor. Eres todo un *reguetonero*. ¿Qué tal, joven, qué le parecieron las prendas? Te las llevas todas. Sacas un arma de tus bolsillos inmensos. La felicidad es tal que amenazas a todos con vo-larles la cabeza.

Sin embargo, las personas te miran con asombro, abordan la confusión sin el respeto que merece el mismo embrollo. “¿Qué es eso, mamá?”, pregunta una niña. “Se ve muy viejo, *oldi*.”, dice un niño. “Así se vestía el abuelo, ¿no?”. Acto seguido, una lluvia de insultos te empapa hasta los huesos. El modelo que vistes resulta inaceptable y anticuado; sientes que la garganta se te contrae angustiosamente. En eso, estás a punto de disparar cuando la gente mira el tiempo anónimo de sus relojes y se horroriza al descubrir que su indumentaria ha pasado de moda.

En medio de esa calma estática y amenazante, sientes la misma inquietud que ellos y sueltas el arma mientras todo mundo se

queda desnudo, incluso los vendedores y los guardias de seguridad. Entonces la gente se apresura a comprar la nueva moda garantizada sólo por cinco minutos. Te toma tiempo volver a tu equilibrio, pero al final logras disolverte en los demás y en las tiendas como si fueran resmas de papel, sin forma, sin cara, envueltas por una corriente que estandariza, arrebatados por el viento de la moda.

Baile de máscaras

Quedamos en vernos pronto, que yo le hablaría, pero la verdad es que deseábamos seguir viéndonos allí mismo. Desde entonces nos hicimos inseparables. Cuando se mudó, trajo consigo champú, acondicionador, protectores de calor, reconstructor de puntas abiertas, tratamientos hidratantes, anti-frizz y cómo olvidar la popular triada: la secadora, la plancha y la rizador. Mamacita chula, ¿crees que quepa todo?

En la cómoda donde solía guardar mis disfraces, pronto aparecieron las cremas antiarrugas, hidratantes, antiacné y exfoliantes. La verdad, no sé dónde guardaba su kit de maquillaje, pues a su lado, no podía rumiar mis aprensiones, mis dudas. Con ella, no sabía sufrir.

Durante más de un mes estuvo realizando cambios en el departamento. No quiero rememorar en detalle todo lo que sucedió en

ese tiempo, pero ella se fue perdiendo en el espacio, moviendo un mueble de un rincón a otro. Yo no sabía a ciencia cierta lo que era un *boudoir*, ay, mamacita chula, ¿en serio los rizos son tan malos?

Con el tiempo aprendí que, cuando discutíamos, la puerta del baño permanecía cerrada. Sólo cuando los temperamentos inestables se disipaban, ella podía escuchar de forma rotunda el chorro de orines en la taza, igual que yo podía oír explícitamente cómo soltaba las diminutas cacas que le abultaban el vientre. Asimismo, me di cuenta de que su mano en mi pecho terminaba siendo la mía. Mamacita chula, ¿nunca te cansaste de mis trucos de naipes, de mis chistes? A su lado, por fin podía descansar los músculos faciales y dejar de sonreír. Su felicidad retrasaba mi infelicidad. Su dios la hizo, sin dudar, divina, a diferencia de mi creador, quien vaciló entre gordo, calvo y feo.

Nuestros placeres se reducían a diversiones simples. Eran lo que nuestro temperamento creía necesitar en ese momento. Según la rutina cotidiana, yo tenía mi propio agente, quien se encargaba de conseguirme trabajo, por lo que me permitía las licencias de no madrugar. En cambio, ella se levantaba a las cinco de la mañana en aras de llegar al despacho al filo de las nueve. Regresaba a casa temprano y volvía a meterse bajo la regadera. Si queríamos salir, el rito de maquillarse era lento y meditado, entonces yo prendía el televisor y agarraba un programa de dos horas —a ratos malabareaba—, de vez en cuando documentales, mientras la esperaba. Por eso, al principio la comparaba con los luchadores de sumo, quienes realizan largos rituales antes de salir a la batalla. Una vez instaurada la costumbre, el hábito se vuelve invisible. Mamacita chula, ¿ya estás lista?

Los años pasaron y las fotografías se acumularon. Vivir en pareja se basa en construir una memoria compartida. Donde creía que ya no cabía nada, aparecieron por ensalmo más cosméticos y accesorios. Yo no le decía nada, pues la mujer es tierra y necesita expandirse. Finalmente yo sólo tenía un par de tenis y mis grandes zapatos. Además, no era tonto, una cosa es que adoleciera de no tomar las cosas en serio y otra que fuese un ignorante. Ella tenía menstruaciones difíciles; a veces le llegaban dos semanas antes, le duraban tres semanas, acaso se le retrasaban por más de un mes. Por consiguiente, me cernía a pocas palabras.

Por algún sinsentido del azar, empezamos a pelear más de lo que las buenas costumbres permiten. Los dos éramos muy optimistas, y todos saben que positivo y positivo dan negativo. No teníamos más de cinco años viviendo juntos, cuando un insípido diálogo quebró de manera irreparable algo en nuestro interior.

—Soy horrible.

—¡No mames! Eres preciosa.

—Claro que no.

—¿Cómo puedes creerte horrible, con esa carita que bien debiera estar en Bellas Artes?

—Tú no entiendes lo que pasa en mi cabeza.

—¿Por qué no puedes reflejarte en mis ojos de amor y gozar del viaje? —le dije haciendo un ademán de súplica con las manos— Créelo... ¡Eres hermosa!

—¡Que no! Tú no sabes lo que dices... ¡Mírate nada más!

—¿Ah, sí? Sólo te digo una cosa, mamacita chula. No te empeñes en lucir de veinte cuando tienes treinta y cinco.

Lo recuerdo con singular nitidez. Ocurrió al terminar aquellas líneas. Ella miró abstraída al vacío como buscando una explicación y, en breve, vi su rostro contorsionándose; un sinfín de ideas, preguntas y razonamientos, idas y venidas aparecieron súbitamente. Si pudiésemos escuchar el sonido que produce un corazón al romperse, cada uno de nosotros entendería un poco más la tristeza. Ella se llevó las manos al rostro; existen penas y cuitas que sólo pueden ver los espejos.

Nuestra vida no tenía ningún viso de extraordinaria y la historia que entretejíamos transcurría estrictamente dentro de lo común. En venganza, pues el hombre y la mujer están hechos de ego, se sometió a un mutismo exagerado. Por eso mismo la fealdad que se escudaba tras su maquillaje, cayó de manera inevitable sobre ella. En cuestión de días, tiró todas las cremas, las sombras, los coloretes, por ello su rostro se fue perdiendo en arrugas, bolsas y manchas.

Se fueron los meses... mamacita chula, ¿adónde? Ella no decía nada, estatua de ojos Medusa; posesa, imposibilitada para hacer cualquier cosa. Ni siquiera lograba sacarle un conato de sonrisa cuando repasaba mis guiones o imitaba a uno de sus actores favoritos. Lo único que conseguía era que sus ojos oscuros se fueran haciendo más oscuros.

Al final, llevábamos ya tanto tiempo juntos que la idea de separarnos nos parecía tan lejana como la justicia. Por eso nos mantuvimos unidos; era más fácil. Sin embargo, una tarde, cuando estaba listo para irme a trabajar, ella empacó sus cosas. Había bebido —tradición que detestaba—, razón por la cual había obtenido el coraje para largarse. Yo no sabía que detrás de cada dolor, yacía un amor incuantificable. Yo sólo me apresuré a sostenerla; juntar nuestras panzas.

¿Era demasiado pedir que la entendiera? Entonces nos abrazamos y el mundo se quedó vacío. Ya no queríamos llorar, pero terminamos por romper en llanto y toda mi pintura se vino abajo.

—No vuelvas a hablarme así.

—Te lo prometo.

Lo que nos separaba nunca se iba a terminar. Mamacita chula, ¿quieres un pañuelo? De repente, empecé a interpretar una rutina clásica de mi chamba. Saqué de mi bolsillo metro tras metro de tela y no dejé de hacerlo. En ese momento la risa nos hizo explotar y ella besó mi nariz roja.

Las diez plagas de México

México no es el mundo, pero sí es mi mundo.

—El hombre tiene límites, señor —le dijo el Moi.

—Deje a los jodidos en paz —agregó Arón.

Se lo habían hecho notar más de una vez sin que a él le importaran gran cosa los comentarios. Masticaba un chicle abriendo y cerrando la boca con un vaivén que hacía que cualquier cosa pareciera un chiste, y perdiera su seriedad. Los ojos del presidente eran sólo dos agujeros de insondable color negro; no revelaban nada más que frialdad.

—No.

Aquella noche, el presidente dio instrucciones a un grupo de operaciones para que inundaran las calles de los barrios pobres con orines. No estaba claro qué esperaba de ese acto. El mandamás ni siquiera se hacía esa pregunta, pero de seguro era monumental.

Como respuesta, se recolectaron más de diez mil metros cúbicos de meados y fueron vertidos en Milpa Alta, Cuajimalpa, Tláhuac, Iztapalapa, Álvaro Obregón y Azcapotzalco, así como en las aguas de todos los canales. La gente empezó a alzar la nariz, frunciéndola como si todo oliera mal. Luego, el pertinaz tufo a orines que desprendía el pavimento los obligó a refugiarse en sus casas, donde más de tres personas se sintieron incómodas en su interior.

—Tranquilo, *míster*, tranquilo.

—Aliviánate...

Sin embargo, el presidente no cedió ni un cachito.

Siete días más tarde, el hombre de abismos en los ojos que ostentaba el poder mandó traer hordas y hordas de limpiaparabrisas para que invadieran la ciudad. En menos de lo que canta un gallo, no quedó un centímetro cuadrado que no estuviera ocupado por uno de ellos. Un día, de pronto, aparecieron con su botellita, su esponja y la goma; nadie sabía a ciencia cierta de dónde venían, pero ahí estaban, colocando sus pies en donde los perros olfateaban los meados de otros perros y demás.

—¿De plano?

—No seas mamón...

En breve, el presidente mandó llamar una gavilla incontable de *viene-vienes* que cubrieron la ciudad y penetraron en los barrios para el descontento de los habitantes. La vía pública adquirió dueño, una forma emergente que silbaba mientras agitaba la mano, cobrando derecho de piso. Pronto aparecieron en el mapa de la ciudad banquitos de plástico, botes, guacales e incluso piedras que bloquearon y reservaron los espacios libres. Esto ocasionó que el frágil equilibrio entre los conductores de la ciudad de México se fuera

desencajando poco a poco, dando muestras de una situación de crispación y de enfrentamiento.

—Ya estuvo, ¿no cree?

—Párale a tu *desmoder*...

El presidente sólo levantó los hombros, indiferente.

La cuarta broma pesada del mandatario consistió en un injerto de baches que atormentaron al hombre. Ordenó que cada cuadra tuviera al menos tres hoyos profundos. Entonces, bajo las luces amarfiladas de los faroles callejeros, ¡PUM!, ¡ZAZ! ¡TRAK! ¡SPAW! ¡TOC!, se reventaron los neumáticos, se estropearon los ejes y la dirección se averió. Se empezó a sentir la violencia y la rabia en los ciudadanos; nacieron las hipótesis y llegó la ansiedad por buscar a los culpables.

—¿Pero por qué?

—No sea gacho, jefe. Agarre la onda.

—A mí, el pueblo me viene *wilson*, como dirían los jodidos.

Sólo por diversión, ya que las drogas le causaban cierta intriga, poco tiempo después introdujo los solventes para “enviciar a la banda”, “*cementear* para sentirse chingón”. Naturalmente, una mayoría empezó a pasarse botecitos de mano en mano, aferrándose a una estopa con solventes como tradición. “Bolsazos” de tolueno, tiner y cemento de zapatero. Con razón la gente empezó a sentir miedo hasta de su propia sombra. El rostro de muchos mexicanos se hizo de piedra; traían cemento a cualquier hora en la nariz.

—No se manche, patrón.

—Ssss, son mamadas. Ssss...

—Hace rato que me importa un bledo la opinión de los hombres. Además, ni son de mi familia.

A paso decidido, cubrió los cuatro puntos cardinales con puestos ambulantes que impedían el flujo de las personas y de los vehículos. No se puede decir que sobrevino el caos; el desorden ya bloqueaba las avenidas y más. La gente salió a las calles, pero tan rápido lo hizo que hurgó desesperada dentro de sus bolsos y bolsillos en busca de las llaves que les abrirían las puertas de su hogar. El horror pintaba su sombra en las callejas. No se podía marchar, manifestarse; las consignas que acaso algún ciudadano gritó, nadie las escuchó. De esa forma, los puestos ambulantes extendieron sus alcances; llegaron incluso a poblar los edificios abandonados y los árboles anémicos.

—No van a aguantar...

—Ya no chingues...

—Ustedes tranquilos, no se esponjen. No hay memoria colectiva.

Para quebrantar las pocas barreras defensivas, esa maraña psicológica dentro de la cual los hombres se encuentran resguardados, el presidente prohibió el fútbol. Sabía perfectamente que el deporte es el evento más popular del mundo y cualquier cosa que no tuviera que ver con el fútbol, era una creencia totalmente incompatible con las opiniones del pueblo. Como es tal, sin el *panbol*, remanso donde las personas buscaban los triunfos que la vida no les daba, la gente se quedó metida en su casa hasta nuevo aviso, pendiente del regreso milagroso del fútbol. No regresaron a sus trabajos, ni volvieron a usar aquellos sacos de medio pelo y zapatos lustrosos, pero corrientes, ni tampoco salieron a pasear. No. Se sentaron a esperar frente a sus pantallas, pues no estaban contentos de estar con sus familias: ¡Estaban encabronados! Nadie pudo dormir bien. Se la pasaron dando vueltas en la cama, discando canales

esperanzados, computando todos los goles que se habían perdido. Aunque no muy infrecuentes, hubo casos de suicidios. Un mundo con olor a meados, estómagos repletos de Frutsi con cemento y sin fútbol, no valía la pena.

—¡Sinvergüenza! ¿Por qué lo hizo?

—¡*Ya chole* con tus ojetadas!

El presidente sonrió con ancha sonrisa de maldad.

Para colmo de males, censuró las redes sociales y después el internet. No le gustaba que anduvieran hablando y escribiendo pestes a sus espaldas. A mi saber y entender, al principio fue el espionaje, luego llegaron los arrestos y al final la restricción total. A partir de ese instante, cada una de las noches fue mala. Pésima. Nadie pudo conciliar el sueño y, si en algún momento pudieron dormir, lo hicieron durante un periodo ínfimo de tiempo. Pese a que se redujo completamente el índice de violencia proveniente de la red y su influencia en la subjetividad del sujeto, la violencia dormida en la gente ya había despertado.

—...

—...

—¿A poco no me salió de pelos?

Sin embargo, no sería lo peor.

¿Cómo lo hizo? Nadie puede acertar a reproducir, acaso imaginar, cómo trajo una oscuridad tan pesada que los habitantes la podían sentir físicamente, en los huesos, en la carne. Una horrible oscuridad que cubrió la ciudad durante tres días, excepto la residencia presidencial. A los habitantes se les secaron los ojos; lo que habían visto, y lo que no, les había destruido la mirada. Dentro de sus casas, bajo el fulgor tembloroso de sus lámparas, rumiaron su

temor como animales dentro de jaulas, abandonados a una deriva carcelaria. Allí fue donde cargaron las armas, afilaron los machetes y prendieron las botellas. Allí fue donde corrieron a ciegas en medio de un silencio preñado de horror.

—Con una célula jodida en el sistema basta. Esa misma jode a la de lado. Y ésta se chinga a las de junto. Y así, hasta que todo se va a la chingada. Ji ji, ja ja.

—Termine con esto —gritó el Moi.

—Sí, ¿qué es lo que esperas? —aulló Arón.

El presidente se estiró los faldones de la chaqueta, se arregló el cuello y se puso de pie. Sus ojos muertos parecían revelar que no había nada tras ellos y que por mucho que el Moi y el Arón los miraran, nunca verían nada.

—Ciertamente no es la salvación de México... Bueno, me tengo que ir. Este país va a estallar.

—¿De qué estás hablando?

A continuación, una explosión gigante y aislada envolvió varios departamentos de interés social. Al rato, fueron más explosiones. El aire de las calles se vició con el humo, y en ese aire también estuvo el olor de sus hijas y sus hijos, el olor de sus quemaduras, de los restos de su espíritu muerto. Las bombillas estallaron como cohetes. Los discos compactos se derritieron. El agua hirvió en las tuberías. Los estantes gotearon barniz y las baldosas de los techos se desprendieron. Ardieron miles de portarretratos y los aparatos electrodomésticos acabaron destruidos en una fusión eléctrica. Y poco a poco, toda la ciudad se fue rindiendo ante las llamas.

Se nubló la tarde. Se oscureció el entendimiento.

Ahora que los acontecimientos han transcurrido hasta su final y ya todo está en calma, pues todo se tranquiliza en el vacío, los jodidos pueden descansar en paz.

Santa Mañana

En el corazón de Santa Mañana reinaba un gobernante que odiaba la música. Cada día, la maldad del regidor hacía hervir de angustia el cerebro y el alma de los habitantes. El pueblo derrochaba tragedias y la gente que vivía allí acabó por olvidar el significado de la felicidad.

A la región se la estaba cargando la tostada; los quintos ya no alcanzaban ni para mal vivir y los pobladores vivían con el Jesús en la boca, esperando ver a qué horas los asaltaban las sombras, los violaban los fantasmas o entregaban todito el equipo.

Como poetas, los habitantes buscaron (y encontraron) en el baile algo que pudiera disminuir el miedo que les oprimía el pecho. Por eso en las noches empezaron a juntarse en un gran salón, hilera alternada, cada uno de ellos con el fin de cantar, gritar, contonearse y golpear las palmas.

Puntuales y casi todos bien bañaditos, llegaron las viudas, los padres que enterraron a sus hijos, los abusados sexualmente, los li-mosneros. Desde los cuatro puntos cardinales se escuchaba la al-gazara, el ruido denso de la música, de pies, de convite y de voces. El sonido de los instrumentos se elevaba agudamente por encima del barullo; la sala se llenaba de aullidos.

El ritmo del baile era flamígero e impetuoso. Las personas giraban y giraban, alargaban los pasos, daban vueltas y cambiaban de pareja. El compás parecía atarugarlos, impidiéndoles pensar en otra cosa que no fuera echar la chancla. Al calor del baile, tenían la sensación de que el horror se esfumaba a cada paso; los pobladores podían alcanzar una pizca de felicidad en tanto compartieran ese vértigo.

Infortunadamente aquello despertó la curiosidad del gobernante.

—¿Qué? ¿A poco se creen muy *salsa*?

En ese momento mandó llamar a un par de soldados y les ordenó que destruyeran todas las guitarras, baterías, trompetas, bajos y pianos de Santa Mañana.

—No se olviden que yo soy *la mamá de los pollitos*.

¿A quién tenían que entregarle su demanda de urgencias? Por la mañana, tres cadáveres aparecieron en la plaza central. ¿A quién le rezaban? Los instrumentos: destruidos. ¿Quién los iba a escuchar?

Esa noche, aunque a la orquesta improvisada le fue imposible tocar, los habitantes bailaron aún más pesado; las guedejas al aire, ingobernables, las parejitas bien acarameladas, besito por aquí, *vuelta, mami, giro, un, dos, tres, un, dos, tres...* Alguien prestó la *gaba-cha*; otro, las bocinas: renacía la fe. Las personas se liberaban, se liberaban en serio, pues sólo bailando podían recuperar un poco de lo que habían perdido.

El rey, sin embargo, no podía sentir esa felicidad palpable, no alcanzaba a entender: el baile lo tenía hasta el cepillo, hasta la madre. Como consecuencia, mandó quemar todos los aparatos reproductores de música, junto con los discos compactos y los casetes, en un tronido de anular con pulgar.

—Se prohíbe la música, cabrones.

Al día siguiente, la gente de Santa Mañana redescubrió el dolor y la tristeza volvió a invadir los rincones del pueblo. De cualquier manera, esa noche, contraviniendo las ordenanzas, el baile reencendió la pista, todos los habitantes del pueblo se encontraban dentro de un salón, danzando suavemente, luego de manera frenética; pocos movimientos, chingos de piernas sacudiéndose pegadas las unas con las otras. Aunque sin música, *musa* que los llevara de las manos a bailar, la gente de Santa Mañana no necesitaba de la melodía; tenían la piel convertida en una caja de resonancia que articulaba su voluntad con el nervio sonoro de la tierra. Las expresiones trágicas no entraban en la sala, acaso eran pisoteadas a la entrada. ¿Los desazones?, por la mañana... Hoy es noche de júbilo, *¡pásele a sepultar sus cuitas bailando!*

Al gobernante casi le da el patatús; las orejas coloradas, coloradas. ¿Cómo es posible que los fregados no se sintieran tan fregados como deberían? Le dolía hasta el guacamole que los pobladores se la estuvieran pasando tan bien. Para el caso, mandó llamar a sus tropas especiales y dio instrucciones de que les cortaran las piernas a todos ellos.

Dicho y hecho, todo el pueblo de Santa Mañana despertó sin piernas. Sin embargo, ya curados, los habitantes serpentearon a sus trabajos, a las calles, al sol ardiente y no misericordioso. El día estuvo de perros, como los demás. Sí, de la fregada, pero al final los

habitantes apuraron sus pendientes, terminaron con las diligencias y lograron arrastrarse al salón al filo de la noche.

En vez de soñar, cedían la autoría de su cuerpo al ritmo de la música porque su realidad no les bastaba. Sin piernas, la gente se movía gravemente, reptaban y se jalaban de las manos. Rodando, se apretaron el tiempo que duró la rocola de sus corazones. Bien prendido, luego despacito. La boca les dolía, pues las sonrisas eran tan grandes que intentaban escaparse de sus rostros. El baile era capaz de curar el mal que padecía Santa Mañana.

Por la madrugada, el regidor se movía de un lado a otro en la cama; no podía dormir. Remiraba el techo, ¡Zánganos!, el insomnio le pesaba en los párpados: no podía escuchar música sin sentir un nido de serpientes en la barriga. Debido a que era *canela pura*, sólo abría la boca para ofender, sólo levantaba la mano para azotar; mandó traer sus tropas con la consigna de arrancarles los brazos a la comunidad de Santa Mañana.

Fue un amanecer sin crepúsculo, una muerte sin vida. La mirada de los habitantes, apagada, un desierto sin oasis. Repuestos, giraron con violencia fuera de sus catres, de sus colchones; puras vueltas en aras de desplazarse. Si bien es cierto que no llegaron a tiempo a sus respectivos jales, fue porque necesitaron de todo el día y la tarde para llegar rodando al salón.

Felipe y con tenis. Felices. La música hinchaba las masas de cuerpos. Huérfanos acostados y enfermos boca abajo se mordían dulcemente dirigiendo los movimientos de la pareja y se arrastraban con la fuerza que les restaba en sus cuellos. Dieron giros impresionantes como ruedas; movían la cabeza al compás interminable. En medio de la oscuridad, era necesario que la luz de la música siguiera

destellando y, por tal motivo, cada miembro del batallón de los heridos bailó hasta el silencio.

Esa misma noche, el gobernante se sintió al borde del límite de su paciencia; el alma hecha camote por el atrevimiento de los pobladores.

—¿Quiénes se han creído que son, bola de mugrosos?

Sudó fiebre, gotas de confusión en el rostro. Más necio que cien mulas juntas, decidió cortarles la cabeza.

Los primeros signos de alborear en Santa Mañana fueron una luz apagada. Alrededor del mediodía, el rey salió de sus aposentos y se dispuso a caminar por el pueblo. Al hacerlo, se dio cuenta que las flores iban mudando su color a negro mientras los tupidos follajes a los costados se resecaban, como si un sol con pasión ígnea los incendiara hasta consumirlos en brunos papeles ceniza.

Santa Mañana se había convertido en un pueblo fantasma, no obstante, el piso temblaba como si tuviera mal de Parkinson; *tum, tum, tum*, el zapateo de los pobladores había dejado su eco sobre las calles, *tum, tum, tum*. En eso, el gobernador fue víctima de un terror ominoso y rápidamente echó a correr. Con la boca abierta de estupor (soniquete profundo en el aire), se fue volviendo de aquí para allá hasta detenerse por fin ante el salón donde solían congregarse los habitantes. Abrió la gran puerta, los goznes rechinaron, y la cerró detrás suyo.

Cuentan que nadie volvió a saber de él, ni de Santa Mañana. La puerta del gran salón nunca volvió a abrirse, la historia no tuvo un final... Sin embargo, nadie se atrevió a imaginar que el regidor que odiaba la música, encerrado dentro de la sala, comprendió que sólo en el silencio, no hay silencio.

Hubo alguna vez un pueblo; en el pueblo, horror; en el horror, los habitantes; en los habitantes, la melodía; en la melodía, el ritmo; en el ritmo, la armonía; en la armonía, el baile; en el baile, la felicidad.

Después, el pueblo fue aniquilado y, curiosamente, lo único que quedó, fue la música.

Hospital Siglo XXII

Si usted lo desea, podemos impedir que le salgan los dientes. Es fácil, por cinco mil pesos más, usted se llevará al niño con una dentadura retráctil de paladio. De esta forma, piénselo bien, nunca tendrán que ir a un dentista. Lavarse los dientes es cosa del pasado.

No quiere que gatee y luego empiece a dar sus primeros pasos, ¿verdad? Que se mueva rápido, que esta vida no es para andar tranquilos. La vida es aprisa. No podemos estar cuidando de que no se caigan. Fíjese bien. Músculos hidráulicos y pies de titanio con articulaciones de fulgurante níquel, cromo y hierro, para que su hijo, o hija, llegue a ser un gran futbolista. ¿A poco no quiere eso, papá? ¿Otro grande, otro dios del fútbol?

Claro está, si usted quiere que su hijo lo entierre, y vaya que es difícil en estos días, podemos intercambiarle sus órganos por

unos artificiales, intercambiables; perfectos. Cada pulmón le cuesta quince mil pesos; se extiende una garantía de tres años. El hígado, siete mil quinientos. La vejiga, bueno, tenemos una promoción del 20% de descuento y le saldría en cuatro mil ochocientos cincuenta. El par de riñones está en dieciocho mil quinientos. El estómago, el órgano tesoro de los chinos, veintidós mil quinientos. Déjeme decirle que cada uno de ellos resiste el fuego, la electricidad, incluso la radiación.

Dedos. Sí. ¿Cuántos quiere? ¿diez?, ¿veinte?, ¿cincuenta? De acero indestructible. Desmontables, por supuesto. Pueden sujetar y manipular objetos hábilmente.

Oídos. ¿No le parece desagradable la cerilla? Escúcheme. Por sólo cinco mil pesos más ¿qué tal le suenan dieciséis micrófonos integrados?, programados para entender chino mandarín, inglés, español, hindi, portugués, bengalí, alemán y japonés. Increíble. Lo sé. Yo le recomiendo sólo porque ya está en esto, instaurarle un sintetizador de voz en esos mismos ocho idiomas. Doce mil por todo. Lo sé, es una locura. No más clases de idiomas.

Ojos. ¿Azules, verdes, castaños, pardos, grises, ámbar? Originales o telescópicos. Los hay de acero martensítico envejecido, algunos con diferentes cantidades de cromo, silicio, níquel y manganeso. Los dos vienen equipados con dos cámaras 100D y un repuesto. Dieciocho mil quinientos pesos el par.

Quisiera confesarle que muchos de estos bebés serían obsoletos si no se animaran por todo el paquete. Escúcheme bien. El pan de la torta: el cerebro. Totalmente compatible con los lenguajes de programación más populares, contiene sensores ultrasónicos, tiene tres tipos de conexión a internet y una batería de cinco mil Megawatts

que le da autonomía de año, según el uso. Doscientos cincuenta mil pesos de contado. La garantía cubre defectos del producto por un periodo de diez años.

Tómese su tiempo, pero no mucho, ya sabe, no es momento de ir despacio; si no de ir apresurados y todos tenemos prisa; ya no hay espacio para la calma. Tener un hijo de la manera tradicional es una tarea exhaustiva, sobre todo porque nos roban el tiempo. Enseñarles a orinar y defecar en el retrete, las palabras, asistir a sus recitales; se quiebran, lloran y terminan siendo unos malagradecidos. ¿Quiere un jugador de fútbol, un médico, un arquitecto? ¿Lo quiere rubio, prieto, de tez apiñonada, blanca? ¿Callado, respetuoso y nada altanero? Pues no se la juegue. No le entre al toro. Váyase a la segura. Nos respaldan más de cien años de experiencia.

¿Me permite un consejo? Veo que usted es muy joven y le resulta imposible fijar su atención en ninguna cosa por mucho tiempo. Estamos acostumbrados a andar deprisa y los niños naturales son una carga: el pasado fulminante que destruye nuestro presente y amenaza ahogar nuestro futuro. La gente hoy en día sólo tiene tiempo para pensar en sí misma. Los niños son los soldados de ayer, la guerra de hoy y el desierto del mañana. Controle las causas y controlará sus efectos. ¿Quiere usted la salvación de nuestro país? Si no cuenta con el crédito suficiente, por sólo noventa y siete pesos, podemos envenenarle los huesos, implantarle nuevas enfermedades, romperle el corazón, y al final, esperar a que se muera rápidamente. El niño natural mata todo lo que hay de bueno.

En el desierto

Ya casi se había rendido cuando lo encontró. ¡Gracias a Dios! Un sinfín de sacrificios sólo para encontrarlo. El cielo era de un azul pálido como pocas veces lo había visto. Los tonos del territorio empalmaban los matorrales amarillos, lo arenoso, el paisaje rocoso donde sobresalían saguaros y acantilados en medio de la reverberación del desierto. Con un movimiento puramente instintivo, su mano retiró la pistola de la funda. En ese momento, muchos pensamientos pasaron por su mente. Miedo. Felicidad. Terror. Placer. Angustia. Miró a su enemigo jurado sobre la carretera, durmiendo; indefenso. El brillo morado, casi emplumado, de su piel. ¡Qué manera más fácil de asesinarlo!, pensó, ¿pero quería cargar con ese tipo de muerte en su conciencia? ¿Qué estaba esperando? Todas sus elaboradas tácticas siempre habían terminado por perjudicarlo;

sólo su ineptitud alcanzaba a dañarlo, pero ahora sus dedos fácilmente podrían presionar el gatillo y volarle los sesos. Apuntarle directamente a la base del cráneo y destrozarle la espina dorsal. Entonces, apretó el disparador tan fuerte que la garra se le puso blanca. Sin embargo, no pudo hacerlo; el corazón le latía aceleradamente y respiraba de manera afanosa, como un ventilador descompuesto. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca muy seca. No, no podía hacerlo. No tenía el derecho aunque significara deshacerse de un pedazo de mierda como su enemigo. Entonces bajó la pistola y se acercó a él. Al hacerlo vio que la potencia solar y el polvo extendían una fina pátina sobre su adversario. De repente, como tocado por un rayo, vio un aspecto de la situación que hasta ese momento había pasado por alto. Realmente no quería lastimarlo. No lo asesinaría ya que en su más acérrimo rival se veía a sí mismo; el espejo inalcanzable del deseo.

Al final, decidió guardar el arma; su destino era perseguirlo eternamente. En eso, el correcaminos abrió los ojos y le sacó la lengua.

—Bip-Bip.

Y rápidamente echó a correr bajo la luminosidad celeste que caía sobre el desierto.

Bebés vietnamitas

La vida de estos bebés accesorio mascota es breve y ellos lo ignoran; se van corroyendo rápidamente. *Flash* y de pronto tienen dificultades en la cadera, problemas de cataratas por las arrugas, alergias a piquetes, hongos en la piel, sarna, tos, moquillo, pánico celular y ataques al corazón. *Flash* y vomitan, despiden un último beso de olor sobre las cobijas.

Cuando nace un niño, se le toma completamente y se le deposita en un recipiente especial con el fin de parar su crecimiento. Una vez detenido el desarrollo con ayuda de una dieta rigurosa a base de drogas, se le arruga la piel y ladridos artificiales le son implantados.

Después de varias semanas en el laboratorio, cuando el crecimiento se detuvo en treinta centímetros, se les forja una traílla, se aprieta un perno y los importan a las mejores tiendas de mascotas.

Parecía el caso de una sencillez ridícula, pero no lo fue.

Fue antier, cuando los famosos se paseaban por la ciudad con sus bebés vietnamitas que podían cargar en sus lujosas bolsas, carteras y bolsillos. Algunas veces, los sacaban asegurándoles un aro de metal en torno al cuello y, orgullosos, recorrían las calles con una cadena de oro en sus manos.

En un inicio, la gente reprobaba las excentricidades de los famosos; los defensores de animales hacían gestos de horror, las mujeres cerraban los ojos violentamente, *¡qué vergüenza!*; unas se atrevieron a comentar que aquello no hubiera sucedido si los ciudadanos hubieran puesto menos atención al fútbol que a las nuevas reformas que asolaban al país. En cambio, los jóvenes experimentaron un elevado ritmo cardíaco, éxtasis, vértigo y palpitaciones expuestos a tal obra de arte.

—¡Mira qué bonito bebé vietnamita! ¡Le cabe en su bolsa Gucci!

—Qué porte, qué gracia, se ve tan elegante con su mini bebé y su vestido vaporoso.

Ayer los famosos se fueron de fiesta con sus mini bebés, se desvelaron con ellos y no se dieron cuenta de su incapacidad para cuidarlos. Fumaron, bebieron, ingresaron a clínicas de desintoxicación, se la pasaron de viaje; el glamour, *mon amour*, el glamour. Por eso sus bebésaccesoriomascota necesitaron de psicólogos. Pasó que uno de los dueños invirtió veinte millones de dólares en una mansión miniatura para ellos, completamente amueblada, con alberca, bar y yacusi. Otros contrataron un masajista especial para liberarlos de cualquier rastro de estrés. Algunos les crearon sus propias cuentas en las redes sociales; mostraron fotos de ellos dentro de bolsas, en carritos, sobre la alfombra roja, en todas partes del mundo. Y sí,

hubo quienes destinaron un fondo fiduciario de más de diez millones de dólares para su felpudo amigo. A veces, cuando la situación lo apremió, varias celebridades añadieron uno, o dos, acaso tres bebés vietnamitas a la cadena. Llamaron a Cartier, a Tiffany o Bvlgari y les ordenaron un buen trabajo por un par de pernos de diamantes.

Debido a que los aficionados siempre han buscado en los famosos las estrellas de su cielo ennegrecido, se arrimaron a las tiendas *popis*, a los restaurantes elegantes y persiguieron a las celebridades igual que un perro los coches de la avenida.

Adictos a las celebridades, vivieron convertidos en los esclavos de esa droga. *Quiero ser como tal, fulano, mengano...* Los fanáticos sentían que existía una simpatía tan intensa entre ellos y los artistas que en caso de que sufrieran una desgracia, los aficionados lo experimentarían también. Por eso miraron las tiendas de mascotas inaccesibles en los centros comerciales más excluyentes de la sociedad. Por eso miraron alelados, ilusionados, el reflejo que urdían los aparadores, los medios, la fama y el cristal.

Hoy los precios de los bebés vietnamitas no son tan elevados, por lo cual, poco a poco los capitalinos empiezan a traer sujetos a las manos, bebésaccesoriomascota que amarran a los postes como si fueran bicicletas, les acarician con ternura la guedeja, *¡ay, qué bonito eres!*; les compran pecheras ridículas.

Pasa que los demás hacen lo mismo. Con el tiempo, la gente puede comprar bebés vietnamitas de poquito en poquito, a seis, doce, dieciocho y treinta y seies meses sin intereses, y sentir que han podido tocar las estrellas desde el infierno. ¿Los chihuahueros? *Pfff*, ya nadie se acuerda... ya nadie se acuerda...

En secreto, las jovencitas de catorce, quince, aprovechan sus embarazos no planeados y terminan vendiendo el producto, recién salido del horno. Hay robos, secuestros, trata de bebés recién nacidos. En los mercados del bajo mundo, al lado de los supuestos schnauzer, basset hound, dálmatas y golden retriever, se empiezan a encontrar bebés vietnamitas, gateando entre aullidos de súplica.

Mañana ya nadie querrá tener bebés comunes. Tanto tiempo dedicado a las mascotas, a desear lo que los demás poseen, les habrá quitado la idea de ser madres o padres. Los pobres, pero que sí tendrán una televisión bien grandota, bajarán tutoriales de internet con el fin de crear sus propios bebés vietnamitas. Entonces darán a luz bebés y *luego luego* los meterán en envases de mayonesa, en botellas de refresco de tres litros, en cualquier recipiente donde entre la masa de carne y huesos. Comprarán medicamentos genéricos y les introducirán un aparato reproductor de ladridos sobre la garganta: una incisión pequeña, *desgarradora*.

Los bebés morirán asfixiados, cerrarán sus ojos de niño y sí, efectivamente no podrán escapar del receptáculo. No conformes con los resultados, la gente botará sus experimentos fallidos a la basura orgánica y se aguantará nueve meses para volver a intentarlo.

Fantasma urbano

La miras pero ella no te mira. La miras despertar en un cuarto estrecho. La miras al tiempo que el pecho se infla por debajo de la sábana como un globo y luego regresa a su forma original, plana. La miras abrir un ojo, después el otro. La miras pasar de ser un objeto del sueño a un objeto de la realidad. La miras con la cabeza inclinada hacia delante, hombros caídos, el rostro oculto bajo el maquillaje corriente. La miras y permites a las horas avanzar a su antojo. La miras pero ella no te mira.

La miras con las manos arrinconadas en los bolsillos. La miras desnudarse. La miras y te gustan las vórices en las piernas, las cicatrices en el vientre. La miras y alcanzas a percibir el bozo sobre sus labios. La miras y quisieras ser la mano que acaricia su cabello ingobernable, su sexo alborotado. La miras con gula. La miras y maldices

a la naturaleza por no haberte dado un par de ojos extras. La miras pero ella no te mira.

La miras frente a la estufa y el cochambre acumulado por una mirada de años. La miras destapando el excusado con ácido muriático. La miras sobre la almohada dura y con manchas. La miras debajo de los jicarazos cuando el calentador se ha estropeado. La miras detrás de los tablones a falta de cristales. La miras remojando los calzones en la mañana y enjuagándolos por la tarde. La miras y a su jabón lleno de pelos. La miras apagar la luz y tenderse en la cama. La miras pero ella no te mira.

La miras ocupar su esquina cinco veces a lo largo de la semana. La miras suspirando; su aliento convoca ayes de dolor. La miras entrar en un vehículo y alejarse en un torbellino de luces, humo y polvo. La miras regresar. La miras mascar grandes chicles con la boca abierta. La miras fumar y perderse en el profundo océano del cielo, avanzando como pálido pez dragón a través del oleaje abisal del espacio. La miras pero ella no te mira.

La miras y pasan los días. La miras cuando una patrulla se detiene a su lado. La miras mientras los dedos grasosos del policía dejan su huella de aceite entre sus senos. La miras cuando el oficial palpa los bordes de su escote, los bolsillos traseros del pantalón y sus costuras. La miras y te conviertes en la mano mantecosa que baja por las medias de nailon hasta los zapatos de tacón alto. La miras y sus ojos no revelan más que una absoluta insularidad. La miras pero ella no te mira.

La miras por semanas y todo sigue igual. La miras y no sucede casi nada. La miras y la infección en la garganta ya pasó a ser una tos pasajera. La miras depilarse la araña de su pubis. La miras

y la irritación en la vagina ya está controlada. La miras dormir; su respiración es calmada como la brisa que insufla las cortinas en una mañana otoñal. La miras pero ella no te mira.

La miras a lo largo de meses y nadie la acompaña en sus fantasías. La miras como si estuviera en otro lugar, en otro tiempo. La miras en medio del ruido de un motor y el abrir y cerrar de una portezuela. La miras vestir jirones que carecen de sentido en un clima que desciende a los cinco grados. La miras entre edificios dormidos y sombras que bostezan. La miras aún inspirado en la confianza de que algún día podrán formar un cuerpo con dos cabezas. La miras pero ella no te mira.

La miras y así pasa el tiempo. La miras y a sus ojos perfilados contra la bóveda celeste que se refleja en la ventanilla del copiloto. La miras y estudias su pecho; el destino de un poeta habita en su corazón. La miras desplazarse a medida que se deslizan las sombras. La miras apagarse a taconazos de gigante. La miras edificio; casa de huéspedes trágica. La miras como si su vida fuese un largo escalofrío de noche, voluta de humo. La miras pero ella no te mira.

La miras cuando pasan los meses, o lo que se parece a unos cuantos meses. La miras cuando el policía le grita “Entra al vehículo”. La miras cuando desobedece. La miras cuando uno de los oficiales abre la puerta y vuelve a repetirle la consigna. La miras cuando el color parece huir de su emperifollado rostro. La miras recular, pero no hay adónde retroceder. La miras convertirse en vértigo, mareo y desfallecimiento. La miras cuando la sacan de allí a rastras. La miras cuando cierran de golpe la portezuela. La miras desapareciendo con la cara pegada a la ventanilla. La miras pero ella no te mira.

La miras y sabes que no va a regresar. La miras y ahora es parte de la ciudad. La miras y se ha convertido en ausencia en un mundo

interminable de ausencias. La miras y podrías pasear por las calles todos los días durante el resto de tu vida sin hallarla. La miras y todo se ha reducido al azar. La miras y no hay indicio, ningún paso que dar. La miras perderse como una mota de polvo en un cielo sin figuras. La miras pero ella no te mira.

La miras cuando una fina pátina de polvo cubre sus muebles. La miras cuando ya no existe más y su cuartito ha sido saqueado. La miras cuando tiran los vestidos que le asfixiaban la panza. La miras cuando el museo de sus cosas ya no se verá. La miras cuando sabes que extiendes la mano y ella no podrá hacer lo mismo. La miras y la recorres en la imaginación. La miras y soñarla representa un pequeño consuelo. La miras pero ella no te mira.

La miras y más de tres años han pasado desde que la viste por última vez. La miras y le llevas flores. La miras y su rostro pétreo, consecuencia de Medusa, te regresa el pasado. La miras y aún nada puede agrietar la tumba de su silencio. La miras tallada en piedra. La miras y apenas puedes apartar tus ojos de los suyos. La miras y quisieras besar sus labios aunque sus bocas nunca se conocieran. La miras y ahora sabes que te mira.

Los Cargadores de la Central de Abastos

Ten siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguardar a que Ítaca te enriquezca.

C.P. CAVAFIS. *Ítaca*

Visitábamos el pueblo de mi abuelo cada fin de año. Ahí comíamos carne fresca de algún infortunado animal que recién acababa de morir en su corral y todos los primos, los más jóvenes, nos la pasábamos hasta las tantas escuchando las historias del viejo.

De entre todas las anécdotas que nos contó, la más notable que puedo encontrar en su lista de rarezas fue la de cómo México estuvo a punto de recuperar el territorio perdido a Estados Unidos. Para

ese entonces, todavía no había nacido, ni siquiera estaba pensado, cuando cargadores y diableros de la Central de Abastos de la Ciudad de México se juntaron para crear su propio equipo de fútbol americano.

Para la ofensiva escogieron a cinco ágiles y fuertes cargadores de jacales de fruta, un par de diableros como corredores y un lanza jamones de mariscal. Dos cargadores de costales de harina y otros dos de azúcar conformaban la línea defensiva; un juguero como *linebacker* y un taquero como pateador.

La noticia —expuesta así en abstracto— no tardó mucho en llegar a oídos de los Estados Unidos, quienes llegaron a interrumpir las fiestas del mercado mayorista. Llegaron con su poder y su dinero; querían llevarse al equipo de los cargadores a la NFL. Al principio, los mexicanos dudaron de las intenciones de los estadounidenses —incontables historias les precedían—, pero al final terminaron por aceptar sus tratos; ganaban poco y sus familias eran numerosas.

Abrazos apretaditos, plañideras en la estación de autobuses, frases entrecortadas por la emoción y por el llanto. Los Cargadores de la Central de Abastos se subieron al camión y se echaron unos pistos para celebrar. Si hubieran estado tristes, se habrían echado unos pistos, y si nada les pasara, también se echarían unos pistos para que algo sucediera. Desde un rincón en el cielo, Diosito los despidió, también todos sus familiares. El camión se alejó a toda velocidad y México lo vio perderse hasta convertirse en un punto en la distancia. Después, ese mismo punto sólo se convirtió en distancia.

Atravesar la frontera norte para ingresar a los Estados Unidos poseía un gran significado para los mexicanos. Existen pocos elementos para reconstruir con exactitud la vida de los Cargadores de

la Central de Abastos y tarea difícil es distinguir entre un recuerdo y un hecho real. De todas formas, mi abuelo siempre narró sus historias hasta convertirlas en leyendas; hasta convertirlas en verdades ineludibles que lograron trascender desde un lugar indescifrable, como un acto de fe: simplemente no respondían a la lógica convencional.

Otro largo amanecer en el autobús y Santa Anna miraba el desierto al borde del camino. A su espalda, los Cargadores de la Central de Abastos soñaban con su tierra lejana, con sus mamacitas y sus amorcitos de ojos de canela y miel. El inicio de su hazaña recorría el globo a través de las noticias, de la transmisión oral, y la gente que la escuchaba sentía que estaba recibiendo lo que necesitaba para paliar su vida irremisiblemente arruinada.

Pero, ¡oh, lo mucho que sufrieron los Cargadores en Estados Unidos! Sin el idioma, teniendo que hacerse entender a señas, buscando por las noches un barcito donde pudieran bailar una cumbia calientita que les llegara al fondo del corazón, que los hiciera llorar y recordar su tierra de pulque y nopal. Les gustaba la camaradería de otros que, como ellos, gozaban del alcohol, los boleros nostálgicos y la charla de cantina para olvidar sus problemas, para ahogar sus tristezas. Pero los gringos no les brindaban ese calorcito que sólo los latinos poseían. El gringo era otro pedo, dueño del mundo. Entre ellos se saludaban cortésmente si sus miradas se encontraban por azar, pero si no, los gringos los ignoraban, pasando a su lado con gran indiferencia.

Después de varios días en la carretera, llegaron a la ciudad de Denver, donde el presidente y el vicepresidente les dieron la bienvenida. Hubo una rueda de prensa donde los mexicanos manifestaron

sus ganas de éxito en un país que deseaba que los inmigrantes regresaran a donde pertenecían. Mientras tanto, el presidente procuró despachar un par de discursos que habrían de pronunciar sendos candidatos en el futuro. Los periodistas escucharon los alegatos de ocasión y el evento terminó tan rápido que no pareció suceder.

Ya por la noche, cuando el frío arreciaba y el estruendo de las fábricas se deslizaba por las calles, los Cargadores empezaron a añorar su ciudad, a la familia que habían dejado al otro lado de la frontera, a sentir el calor de su raza. En español pensaban y en español sentían: claro que fueron buscando un barrio mexicano. Caminaron para allá, para acá, para acullá, armando puro despapaye. Los unos estaban envueltos en ponchos y los otros traían su playera de las Chivas. Deambularon tratando de encontrar un lugar, un espacio donde sociedades separadas geográfica e históricamente hicieran contacto la una con la otra estableciendo relaciones continuas sin desigualdades raciales: donde todos se miraran con cariño, sin jerarquías que despertaran lo oscuro del hombre; a la tierra, con los míos, con mis hermanos. “Aunque sean inditos”, dijo Santa Anna. Peinaron el centro de la ciudad así como los bares de pies a cabeza. Entre un lugar y otro les preguntaron sobre la corrupción y el narcotráfico rampante, pero los Cargadores no estaban interesados en las noticias de violencia desmedida en México, querían extrañar su ciudad lejana, festejando su cultura, su música, su jolgorio. Esa noche, los Cargadores soñaron en español. Algunos, como Anaya y Suárez, Montes de Oca y Pacheco, se llevaron a unas morras —que alucinaron con el cuento de la NFL—, al hoteluco. Otros, como Melgar y Escutia, bebieron hasta ponerse como changos con ataques. Igualmente, todos y cada uno de ellos soñaron que regresaban a México,

que los recibían con flores y con bailes. Que retornaban al seno de la patria, con los suyos, con los descendientes de la Malinche, del Águila Caída, de Villa, de Carranza, de Zapata, de Arias Bernal.

La historia había ocurrido hacía una miríada de años atrás y, aun así, el abuelo recordaba los detalles importantes. Al día siguiente, hacía un frío de la chingada y la vida americana empezó como cualquier día laboral. Todos bien educados se levantaron de sus camas muy temprano por la mañana para ir al trabajo o a la escuela. El transporte público estaba lleno de hombres y mujeres que se apretujaban sin hablarse. La gente se movía deprisa como el tiempo. Era un día como todos los demás. Sin embargo, por la noche, el mundo se detuvo por completo. Todas las televisiones se prendieron y las radios sonaron. Las familias se juntaron y los hombres aguardaron impacientes: arrancaba el inicio de temporada de la NFL.

El juego de comodín les tocó jugarlo contra los Broncos de Denver y figuraba como uno de los grandes de la semana. Todos los medios estaban ahí, también el presidente y la primera dama. Era un lunes por la noche. Un lunes frío de febrero.

—Uta, 'tá rudo —dijo Santa Anna, antes de salir al campo.

—¡Mangos! —aportó Melgar al escuchar el coro de los fanáticos de los Broncos.

Era tiempo de salir del túnel, hacer frente a las cámaras, a la multitud, al globo. Pero el caminar de los Cargadores fue lento; difíciles los pasos. Bajo la penumbra de un claro de luna, sus cuerpos delgados temblaban, el frío en sus extremidades los hacía sentirse atrofiados. Los mexicanos marcharon hacia el centro del campo y, lo que inició como una fila ordenada, rápidamente se dispersó para convertirse en un tropel, un tumulto de hombres apabullados por

el desconcierto. El registro vocal de los espectadores fue tan autoritario que los Cargadores no dejaron de mirar impactados las gradas de donde provenían varias injurias en inglés; estaban nerviosos, se mordían las uñas a través del casco que los protegía de las cámaras. Se notaba en la manera en que deambulaban sin sentido por el campo, en la manera en que sus labios se torcían con esfuerzo desmedido.

—¿Y ora cómo le hacemos? —preguntó Arévalo al ver el tamaño de los contrincantes.

—Pos de a patadas voladoras y piquetes diojo —opinó de León—. Usté' no se me achicopale, mi mai, yo a los gringos me los paso por los huevos.

Los Cargadores se sacaron de onda, pero no les entró el miedo: eran unos machos hechos y derechos.

El partido pintaba para que el veterano Crockett —mariscal de los Broncos— arrastrara la defensa de los Cargadores con su experiencia, pero aquél no terminaba por recuperarse de una lesión que venía molestándolo por años.

El primer cuarto mostró a unos Cargadores distraídos, quienes no pudieron concretar en su ofensiva. En sus primeros minutos como jugadores profesionales entregaron dos balones por intercepción y recibieron múltiples castigos de posición. Por su falta de coordinación e imaginación se fueron al descanso sin ningún punto.

Por su parte, Crockett mantuvo al público entusiasmado, lanzando dos pases de cincuenta yardas para *touchdown* y completando quince de diecisiete para mostrar la superioridad de los Broncos. La primera mitad fue de los locales, quienes mostraron carácter y determinación: jugada tras jugada, seguían concretando.

Cuando regresaron del medio tiempo todo esto cambió, por un error personal de Santa Anna, quien soltó el balón, Montes de Oca lo recuperó y corrió para cuarenta y seis yardas, dándole los primeros seis puntos a su equipo. El público enrareció, aun así, los Broncos mantuvieron su confianza conectando por aire, seguridad que fue quebrantada hasta que Anaya interceptó un pase de Crockett; golpe fulminante que cortó la inspiración al equipo local.

De esa manera, los siguientes minutos transcurrieron con unos Broncos intimidados y una ofensiva que se reducía a tres intentos. En cambio, los Cargadores comenzaron a comunicarse y a ser creativos. Montes de Oca no dejaba de acercarlos a múltiples goles de campo y Santa Anna completó seis pases, incluyendo uno a Escutia, acercándose al marcador.

A pesar de seguir arriba por doce tantos, la situación ya era muy complicada para los Broncos, puesto que la lesión de Crockett había cobrado factura y Travis, el suplente, no pudo encontrar a sus receptores.

El último cuarto se mantuvo muy cerrado. Los Broncos mantuvieron una gran línea defensiva que tuvo a Montes de Oca presionado, pero eso no impidió que los Cargadores avanzaran poco a poco con sus laterales Melgar y Márquez, ni una recepción de veintitrés yardas para *touchdown*.

El público estuvo al borde de sus butacas cuando, con menos de treinta y cinco segundos en el reloj, los Cargadores lo arriesgaron todo en un cuarto intento, derribando la cortina de protección de los Broncos. Con su fuerza de cargadores y diablos, abrieron un espacio en la línea por donde Santa Anna se lució como un verdadero líder y llevó el ovoide hasta la zona de anotación.

El *INVERSCO Field at Mile High* se quedó en silencio mientras los Cargadores de la Central de Abastos lloraban de felicidad en el campo. La noche finalizó con el presidente de Estados Unidos lanzando su gorra al suelo por disgusto: traía un humor de perros.

Esa madrugada, después de celebrar la victoria, los mexicanos se fueron de fiesta y gastaron una fortuna en llamadas a México: el ave inquieta de sus pensamientos volaba a todas horas hasta el regazo de la patria, hasta sus madres gordas de brazos blandos.

—¡Ora sí nos los chingamos, jefa! —gritó Santa Anna, presa de una incontenible euforia desde el otro lado de la línea.

—¡Les mostramos quiénes tienen los huevos más grandes! —peroró Escutia.

—Mándale saludos a la China y a mi compa el Lagarto, a Lupita y Carmela, al Cagadín y al Mofles. Al Creisy y al Betito que se cuiden y pos la Manson, ni hablar, un abrazo pa'que se mejore. Que no se *tiolvide* Rubén ni Figueroa, ni la Pancha ni la Lulú. Dile al tío Esteban que ánimo, las Chivas se van a coronar campeones. Dale un beso a mi señora, y no te olvides de recordarle a mi jefecita santa que la extrañó un chingo, janita preciosa de mi corazón...

Pletóricos de carne, tequila y júbilo, los Cargadores vieron el alba clarear hasta que la ciudad dejó de bostezar y la linterna de Huitzilopochtli reverberó en sus cuerpos bañados en el enaltecido sudor de la victoria. Después de aquella noche, la República Federal Presidencialista de Estados Unidos se sintió tan ofendida por la victoria de los mexicanos sobre los Broncos de Denver, que lanzó un tratado donde establecía que su gobierno cedería el territorio ganado al gobierno de México en el tratado de Guadalupe Victoria, sólo si lograban vencer a cada uno de los equipos

profesionales de dichos estados. Como muestra de su seriedad, les concedió Colorado.

El sol de las ocho de la mañana pegaba en la ventana del autobús. El mundo que los Cargadores veían a través de la ventana no era un mundo sereno, natural. Estados Unidos era algo más que otro país, algo más que una aduana, un espacio geográfico, era la realidad de contornos a la vez exactos y nebulosos, precisos y elusivos del recuerdo histórico que afectaba al corazón del ciudadano de México. Del otro lado de la frontera, los Cargadores eran hijos, padres, maridos, bailarines, pedotes, católicos, padrinos, cuñados, tíos, amigos, compañeros, maestros de su cultura, sangre de Cortés y piel de Quetzalcóatl. Sin embargo, en Estados Unidos únicamente eran indios, raíz indígena, a quienes no sólo miraban como si no quisieran que fueran huéspedes de paso, sino tampoco como viajeros.

Habían transcurrido más de nueve horas cuando los mexicanos vieron una luz lejana en el horizonte; un resplandor que iluminaba el cielo. Aquel brillo en la distancia era la luz que provenía de las miles de fuentes que había en la ciudad. Estaban ya en Kansas.

Al llegar, rápido se apearon del autobús en pos de una cantina y, para su sorpresa, se encontraron con un área metropolitana totalmente multicultural: había tiendas, restaurantes, teatros, iglesias al estilo mexicano. Desde hacía incontables años, varios mexicanos se habían agrupado en barrios próximos a las plantas procesadoras y las vías ferroviarias de Kansas. Pronto llegaron a convertirse en una población tan grande que para seguir en contacto con sus raíces nunca dejaron de dibujar en la bruma, que diluye los años idos, los colores y las formas de sus antiguos panoramas. A pesar de ser los autores de la reconquista de Colorado, por lo menos en

Kansas, los Cargadores aún no representaban una amenaza para los lugareños. En cambio, por vez primera, los mexicanos experimentaron los sentimientos propios del hombre cuando un aficionado le pide un autógrafo.

Conforme la tarde avanzó, los niños desaparecieron de las calles y la vida nocturna, con sus insomnes centinelas, cobró vida. Entonces aparecieron las chamacas; se fueron encima de los Cargadores y se rieron presas de su cándida juventud. Les dijeron que se veían lindísimos con sus brazos velludísimos, así mugrosos y sucios. Y los mexicanos las corretearon y eso les gustó aún más a ellas. Ya por la noche, entraron a un bar donde servían mezcales.

—¡Salud! —dijo un viejo con los codos sobre la barra.

En Kansas, los viejos mexicanos se juntaban en las mañanas en los parques y por las noches salían un tanto doblados a un bar, donde inseguras las piernas, hablaban y hablaban de los antiguos pueblos esparcidos a lo largo de la geografía mexicana. Se miraban con nostalgia, de la misma manera con que uno se evade en un recuerdo. Contaban de los amigos, los hermanos y de aquella novia que se quedó esperando. Orgullosos de su casta, se aferraban a su anhelo: aunque no vivieran en México, morirían siendo mexicanos. A aquellos viejos que se ayudaban a caminar con bastones les timbraba la voz cada vez que hablaban sobre su patria, pero en algún momento de su charla, el tono se les quebraba por la emoción de la nostalgia. Luego bebían hasta que sus pensamientos se alborotaban uno encima del otro y que una cancioncita sonase para que volvieran a recordar a sus amigos, a sus hermanos y a la novia que se quedó esperando. Sus mandíbulas temblaban sin remedio y se encabronaban porque una canción podía

facilitar que saliera a flote todo ese lado sensible que, como hombres mexicanos, siempre procuraban ocultar.

Los Cargadores sabían esto porque ellos conocían el drama doloroso de sus hermanos. Lo igual siempre atrae a lo igual. También sabían de las penurias de los viejos, de los que fueron jóvenes y burlaron la frontera en busca de esperanza con la ilusión de volver un día a México cargados de dinero. Acaso de jóvenes no se percataron del violento paso del tiempo, pero los años fluyeron hasta convertirlos en los ancianos que eran: tan nobles, confinados a vivir como extranjeros, fieles siempre a las reminiscencias de su México.

Diosito no los perdía de vista, al tiempo que el tono de la plática cambiaba conforme el alcohol en la sangre. Llegó el momento en que sus mujeres rondaron sus pensamientos nocturnos e irremediamente se les humedecieron los ojos y se les hincharon las venas de la frente. Cuántas veces en la oscuridad que encubre la expansión de los sentimientos más profundos, se soltaron a llorar, pensando en los días que habían pasado desde que dejaron a sus seres queridos.

Después de tanto escándalo, se notó el cansancio en sus silencios, en sus muecas ebrias, lentamente apagándose. Para ese entonces, el mezcal les había soltado la lengua y las melodías los habían hecho enjugarse los ojos. Entre los viejos y los Cargadores se abrazaron juntando y separando sus redondas panzas: no se sabía a ciencia cierta quién debió sacar a quién del bar.

Kansas era el teatro donde sucedía el pacto absurdo con los tornados. Años atrás, un tornado se había llevado a un perro y a una niña huérfana. La noche en la que jugaban los Cargadores contra los Jefes de Kansas, el centro de datos climáticos registró fuertes

tormentas que probablemente iban a convertirse en tornados, por lo cual el partido tendría que ser suspendido. A pesar de todo, el presidente de Estados Unidos no quiso ceder a sus condiciones, por lo que el mensaje nunca fue transmitido a la localidad: los mexicanos jugarían.

El cielo estaba encapotado y un relámpago quebró la oscuridad. Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer.

—No sí, 'tá grueso... —dijo Montes de Oca antes de empinar-se su cerveza.

—Bien gruesa l'onda... —concluyó Escutia.

—Nostá parejo, nostá parejo... —Melgar fumaba ansiosamente sus Delicados.

—¡Déjamelos a mí, yo les caigo! —Anaya siempre seguro, bien machín, perrón.

—Yo estoy contigo, compa.

—Cincho.

—Y yo también, carnal.

El segundo partido de los Cargadores también fue cerrado y esperó hasta el cuarto final para su definición. Los mexicanos ganaron el volado, pero las acciones fueron complicadas por el estado del terreno de juego, lodoso por la lluvia. Su ofensiva daba la impresión, a una distancia razonable, de niños escolares en el recreo: a falta de una cadena de mando eficiente por parte de Santa Anna tuvieron que ceder el ovoide en múltiples ocasiones.

Por su parte, los Jefes sorprendieron y en su primera aparición anotaron un *touchdown*. Después, su respectiva defensiva volvió a detener a Santa Anna y recuperó el balón para obtener un gol de campo.

Antes de que terminara el primer cuarto, Jones —el mejor novato de la temporada pasada— interceptó un pase que llevó hasta la zona roja de los Cargadores, dejándoles menos de cinco segundos en el reloj, oportunidad que convirtieron en otro gol de campo, lo cual puso el marcador 13-0 a su favor.

Ya en el segundo cuarto, el nerviosismo que invadía a los Cargadores fue siendo superado poco a poco y no dejó que los Jefes avanzaran más. A pesar de todo, Santa Anna no pudo encontrarse en el campo. Faltando menos de dos minutos en el reloj, tuvo una oportunidad increíble con Barrera, quien estaba desmarcado, pero fumbleó el balón y anuló su posibilidad de avance.

La primera mitad terminó con unos mexicanos que salieron de una ofensiva sin puntos. En los labios del presidente de EUA se dibujaba una pícara sonrisa.

Al regresar del medio tiempo, los Jefes continuaron bregando por romper la barrera defensiva de los Cargadores, pero simplemente no pudieron contra la cortina que lideraban los *cornerbacks*, Arévalo y de León. Sin embargo, la ofensiva de los Cargadores también sufrió para elaborar sus avances. La defensiva de los Jefes forzó a los mexicanos a perder varios balones.

Aun así, restando un minuto por acabar el tercer cuarto, Santa Anna dirigió un ataque con sus guardias derecho e izquierdo, y logró filtrarse a través de un hueco en la línea para un acarreo de treinta y tres yardas. Más tarde, una milagrosa recepción de Melgar los acercó a una posición que terminó por convertirse en gol de campo, para irse al descanso 13-3, con los Jefes arriba.

La defensa de los mexicanos se había convertido en un bloque tan impenetrable, algo parecido a los bueyes que, mansa y lentamente,

van tirando del arado a insistencias del látigo del campesino. A pesar de todo, la ofensiva de Santa Anna siguió sin poder concentrarse. No fue sino gracias a una magistral intercepción de Álvarez, quien llegó hasta la zona de anotación, que pudieron acercarse al marcador seis puntos. Seguidamente, lo arriesgaron todo en una conversión de dos puntos que les anularon.

Por su parte, la escuadra ofensiva de los Jefes carecía de imaginación y no pudo ingeniárselas para avanzar. Restando menos de dos minutos, el mariscal del equipo local soltó el balón ante la presión de los hombres de línea, y fue interceptado por Pacheco, quien anotó otros seis puntos. La patada fue buena y los Cargadores se pusieron arriba 16-13, dejando a los Jefes con menos de cuarenta y cinco segundos en el reloj.

Con tan poco tiempo, los Jefes no pudieron atravesar la barrera infranqueable de los mexicanos, cayendo en los últimos segundos presas del pánico.

Esa noche, el campo volvió a ser huésped de festejo, de convite, de jolgorio. Los cargadores dieron vueltas como si estuvieran sobre una pista de baile, zapateado incesantemente: la música alegre de sus corazones llenaba todas las esquinas y se precipitaba sobre ellos. México recuperaba Kansas.

A partir de entonces todo se encarriló. El equipo inició una ascensión imparable y siguió su paso seguro a través del estado de Texas. Se abrieron camino por la ciudad de Houston donde, en un partido no apto para cardiacos, los mexicanos demostraron al mundo lo chingones que eran, parando a los Texanos en la zona roja. Su buena racha también se extendió a través de la vastedad del campo de Arlington, donde derrotaron a los Vaqueros gracias a que

el mariscal de Dallas, hijo de padres mexicanos, hizo todo lo posible para que los Cargadores ganaran. El *quarterback* se olvidó por completo de su equipo para apoyar a los mexicanos, entregándoles el ovoide cuantas veces tuvo la oportunidad de hacerlo y dejándose taclear varias veces detrás de la línea; se consideraba mexicano por gusto, adicción y origen familiar.

—Si uno es *mejicano* —dijo en una entrevista—, se quema con la raza.

La locura personal que sólo atañe al viajero que la realiza, siempre es un viaje que implica la soledad y la compañía al mismo tiempo. Solo, ante la expectativa de un paisaje desconocido, y acompañado por el amasijo de recuerdos que define su camino. De esta forma, los Cargadores de la Central de Abastos ganaron y gustaron, y al final se despidieron de los parajes donde alguna vez vivieron los Apaches. El baile fue ritual sagrado. Texas se reincorporaba a México.

Con el paso del tiempo y de sus victorias, no tardó mucho para que la corriente divina golpeará contundentemente a los mexicanos. Como el pateador Gorostiza, quien se ponía los calcetines al revés desde que llegó al gabacho, o el apoyador de línea que no se había quitado la riñonera porque creía que su mal olor le daba buena suerte, o las letanías de todos los Cargadores, quienes rezaban absortos a la Virgencita. Para ese entonces, había cada vez más fans, se notaba en las ventas, en las taquillas. La historia de los Cargadores, que a duras penas se conocía a tientas, ya había pasado a convertirse en una hazaña del más íntimo heroísmo: se hundía como recuerdo en las mentes de cada uno y por separado, y por lo mismo, invariablemente juntos.

Los recuerdos se miden por el impacto que causa su experiencia y el cambio que sufren a través de los años. Arizona no es un estado que te recibe como un compadre, que te da un cálido abrazo y unas palmaditas en la espalda. En Arizona estuvo dura la chinga. Los gringos no dejaron de fijarse intensamente en el color de la piel de los Cargadores. Los miraron con la perspectiva de un aduanero, con el desdén con el que se mira a quien no se quiere. Algunos les gritaron improperios en las calles:

—*¡Son of a bitch!*

—¿Sanavabich? —los mexicanos no entendían inglés— ¡Sanavabich tú, hijo de la chingada! —les respondían.

Afuera de los bares, los meseros les impidieron el acceso, las morras se cambiaron de acera para no pasar junto a ellos, como si fueran personas de altura que no debieran verse mezcladas con gente de tan baja ralea; y la policía, la policía fue lo peor. Los ofendieron y los cuestionaron. Hubo cierta vez, pese a que los Cargadores se molestaron porque les estaban violando las garantías individuales, que los detuvieron quesque porque estaban feos y curiosos. Luego los insultaron y se los llevaron para acomodarles una madriza. No existen explicaciones lógicas para la perversión humana, porque después de varias vueltas en patrulla, los dejaron ir... porque no había ningún cargo.

Lejos de cualquier cosa que pudiera resultarles familiar, incapaces de hallar siquiera un punto donde se sintiesen cómodos en Arizona, descubrieron que sus pasos no los habían llevado a ninguna parte. Entonces se condujeron hacia el interior de sí mismos, a interesarse más en sus recuerdos que en continuar en contacto con la sociedad del suroeste. Por eso y más, los mexicanos vaciaron

el minibar de sus habitaciones, para enfurecerse con las malas pasadas de los gringos, para ver clarear el día desde su habitación y darse cuenta de que lloraron hasta el amanecer; para rescatar de la embriaguez, la aclaración de que el camino más seguro siempre es el más duro, el camino de la lucha. Y sólo luchando, los mexicanos podían soñar.

Por primera vez desempacaron todo lo que traían. Parecía que todo México cabía en sus maletas, como si México entero fuera sus imágenes, su memoria: botas, sombreros, tequila, banderas, cocadas, tamarindos, un balón de fútbol, la foto de sus rucas, la máscara del Santo, una matraca, la playera de las Chivas convertida en silente compañera de viaje, ponchos, redes de mercado, México envuelto en fantasía y México doblado como panteón de sus muertos. Porque a través de la ventana de su hotel, miraron los días que se hacían más cortos y las noches de Arizona que se volvían más frías; la realidad que corta y hace sangrar. El estado que creía que los Cargadores de la Central de Abastos habían llegado para quitarles sus empleos y dárselos a los mexicanos. El estado que pensaba que los Cargadores querían arrebatarle sus hospitales, para curar a sus paisanos enfermos. El estado que aseguraba que venían a despojarle de sus sueños.

Las crudas percepciones de la ciudad se habían filtrado en ellos de manera que todos, bien jarras, recordaron y añoraron sus vecindades; la ayuda inesperada de la banda y los desconocidos. Mañana era el gran partido y no habían salido a cotorrear, y es que la experiencia de una aventura no se disfruta plenamente sin el consuelo de salir con la banda. Los mexicanos lo sabían y también reconocían que sólo tenían esa última noche, una únicamente en su mente mexicana, para salir a divertirse.

Esa misma noche se mearon en el elevador, fueron a echarles bronca a los Cardenales; bien ebrios, consiguieron una guitarra y se pusieron a cantar en un puente. Regresaron a su hotel al filo de un amanecer cansado, los más, sin ropa, y los menos, volviéndose a mear en el elevador. Armaron un despapaye tan grande que ni penas ni cuitas maltrataron sus corazoncitos.

Con sólo un par de horas, durmieron y descansaron sus sueños de México; del México que se volvía el invento de sus propios recuerdos, del México memoria que amanecía del otro lado de la frontera. Y es que únicamente soñando los mexicanos tenían la certeza de ver a su México.

Al día siguiente, como era de esperarse, todos los gringos los miraron de arriba a abajo con una curvatura tan peculiar en sus labios que resultaba burlona y ofensiva. Nadie les dirigió la palabra, sólo siguieron su camino como si nada. No obstante, en las gradas del estadio el ambiente era extraordinario, porque ahí estaban los puertorriqueños, los cubanos y los mexicanos. El estadio de la Universidad de Phoenix hacía erupción con gritos ensordecedores. En un palco blindado se encontraba el senador del Partido Republicano. Era un manicomio. La cosa estaba que ardía.

Todos se partieron la madre, la reflexión del abuelo impuso un momento de silencio. Los que se llevaron la mejor parte fueron los mexicanos, quienes los madrearon macizo; agarraron a los Cardenales del cuello como si se aferraran a la parte trasera del microbús, y cada que veían un ala abierta en la pendeja, ¡mocos!, lo golpeaban bajita la manga. Patadas como cadenas, golpes como martillos. Rodillazos, codazos, lo que fuera pero directo a los huevos de los gringos. Los mexicanos estaban tan dolidos y esa noche, más que mostrarse

endebles, mostraron sus bíceps escondidos y los puños de pelea, ocultos bajo el disfraz de unas panzas hechas de chela y garnacha.

Al otro lado, un golpeado y adolorido Polk —el corredor de los Cardenales— salió cojeando del campo, quizá por última vez, a los primeros cinco minutos. Con la cabeza baja, la mirada de dolor en la ala abierta, fue producto de un violento golpe por parte de Álvarez, quien lo obligó a retirarse del juego.

El partido fue una masacre más que una competencia entre jugadores. En cuestiones deportivas, el encuentro fue un toma y quite que se mantuvo cerrado todo el tiempo a mitad del terreno. Casi todos los suplentes de los Cardenales estaban en el campo y les temblaban las rodillas por el miedo que les infundían los mexicanos, quienes no querían jugar, sino maltratarlos. De todas formas, con menos de seis segundos por jugar en el último cuarto, Gorostiza acertó un gol de campo de más de cincuenta y tres yardas, congelando el partido 3-0.

Acto seguido, cuerpos de seguridad irrumpieron en el campo para proteger a los jugadores de varios proyectiles que caían desde las gradas. El presidente de Estados Unidos estaba que se lo llevaba la chingada. Había perdido otro estado.

No estaban felices porque palpaban la realización de una aventura añorada, sino porque estaban convencidos de que faltaba poco para regresar a su tierra con sus seres queridos. Con esa tranquilidad retomaron su recorrido, porque a pesar del tiempo transcurrido aún les quedaba mucho de su México por recordar, mucho por reinventar.

Después de más de mil kilómetros en la carretera, llegaron a Oakland, donde no tardaron en sentir que la luz del sol se proyectaba

como un atardecer entre las hortalizas de Xochimilco. Si bien la ciudad era en su mayoría comercial, los Cargadores recorrieron las calles sin más propósito que el de cumplir ilusiones, jalar con la banda y dar rienda suelta al baúl emocional de las palabras. Desplazarse por el mundo con los mismos pasos que se inventaban en la cabeza, tarareando melodías del México que cargaban a cuestas. Las calles se llenaron de mirones, algunos como que sí los veían, algunos como que no, como que sí los espiaban, como que no se juntaban. Entre todos ellos, un hombre que pareció salir de un sueño —bigotón y panzón—, les dirigió la mirada como si los conociera. Tan rápido como pudo establecer contacto visual con ellos, los pómulos rosas que nimbaban la faz de su rostro se pusieron intensamente rojos. Conforme se fue acercando, los Cargadores intuyeron que era paisano. Aquel hombre que les tendió la mano conocía bastante de los días de los mexicanos en el fútbol americano.

—Mi nombre es Germán Flores —el desconocido se identificó—. Para servirles a ustedes y a Dios.

Encontrarse con un paisano en el exterior evocaba la cercanía, pero a su misma vez, la lejanía entre los dos mundos, y el señor Flores representaba la amabilidad que los mexicanos ya habían sentido y deseaban sentir en Estados Unidos. Por eso, cuando Germán los invitó a su casa, los Cargadores aceptaron con esa confianza de camarada, dicha del mexicano de que existen semejantes que siempre se han conocido pese a no conocerse realmente. Por eso pronto se acostumbraron a visitar la casa de los Flores, donde charlaban sobre un sinfín de temas mientras bebían tequila y comían algún platillo típico del corazón de México. Donde nuevas melodías se materializaban en sus pensamientos y seguían bebiendo al uso

productivo de las horas, al embellecimiento de la memoria; hasta llorar y que su tristeza se volviese mariachi mientras escuchaban los ojitos colorados de sus morras, las caras de su México por encima de las palabras. En esa casa, que ya era un hogar para ellos, se contagiaban las formas de hablar, los pequeños y los grandes gestos que, a su vez, se vinculaban tan firmemente a los mexicanos que resultaba imposible adivinar el origen de determinada actitud. Ya anublados el juicio y la razón bajo el efecto embriagante de la música del Príncipe de la Canción, se despedían de los Flores con nostalgia, tristes de partir lejos de su hogar.

Sorteando las calles, a los Cargadores les hubiera fascinado ver las fachadas de las casonas residenciales de Oakland convertirse lentamente en el paisaje urbano, en las unidades habitacionales que proliferan la zona metropolitana de la Ciudad de México. Que las aguas del Lago Merrit fluyeran hasta transformarse en las del Lago de Chapultepec. Que la bandera del Zócalo sobrevolara *Jack London Square*. Buscaban México para no olvidar, para seguir recordando, con ese empeño no cesaron ni un solo día en salir a encontrar esa ilusión.

En su cabeza caminaban por la ciudad de los palacios a pesar de que todo su cuerpo se supiera en Estados Unidos. Después de haber andado todo el día sin reparar en los tiempos, buscaron una banca dónde descansar sus pies. Pero no buscaron cualquier banca, sino aquella verde de sus recuerdos, la del águila devorando a la serpiente, reminiscencias de herencia porfiriana, donde solían reposar en sus domingos por Chapultepec. Y es que los Cargadores estaban condenados a soportar a México en su cabeza, a recuperarlo día a día en el espejismo de sus sentidos. A cada paso en sus excursiones,

los Cargadores llevaban la evidente manía por su México, la adicción al sueño azteca como un recuerdo destinado a guardarse en lo más remoto de sus espíritus.

Al ampliar el expediente de sincera amistad con el señor Flores, se repitieron las noches en que hablaron como mexicanos, cantadito. Y bastaron algunas palabras para que los Cargadores sintieran que recuperaban una parte de su tierra al otro lado de la frontera. En el viaje a través del tiempo y la memoria, los Cargadores descubrieron que además de ser una combinación de chile, la Virgen de Guadalupe y el crisol estadounidense donde se funden todos los acentos, el señor Flores también poseía conocimientos sobresalientes sobre el fútbol americano. Fue aquel hombre, que aceptaba agradecido los honores pero no los buscaba, quien les contó todos los secretos de los Raiders, todo lo que un verdadero fanático debiera saber, y más. Gracias a él y a sus consejos, los Cargadores supieron que se aproximaba el despertar de una sola oportunidad para derrotarlos.

La verdad es que ya estaban hasta las chancas cuando la brisa de la noche les golpeó la cara y todos se acordaron del fresco que soplaba en Cuernavaca. Esa noche, los Cargadores se levantaron y se despidieron del señor Flores con un abrazo que pareció durar una eternidad, que definitivamente selló su nueva amistad. Como no supieron qué palabras utilizar para decir adiós, permanecieron en un homenaje silencioso, siguiendo la costumbre mexicana de alargar su despedida. Tiempo después, al alejarse de la casa, los Cargadores se voltearon por última vez, para lanzarle un saludo a Germán Flores, uno que lejos de ser lo que a simple vista parecía, fue una deuda, un agradecimiento.

El autobús llegó al estadio al tiempo que los policías formaban una valla a su alrededor. Los gringos gritaban, los latinos se divertían y los chicanos se mostraban contentos. Pero los Cargadores no mostraron expresión alguna, permanecieron dentro del autobús, tomados de las manos. Con los ojos cerrados, concentrados, repasaron las estrategias y las debilidades de los contrarios. El señor Flores los había instruido con todo tipo de artilugios para arrasar con los locales. Los obligó a fijarse en la memoria patrones de movimiento y jugadas específicas, a pensar en equipo; a la obligación de ser para otros por la simple razón de que somos de los otros. Después de mantenerse en oración imaginaria por espacio de unos minutos, abrieron sus ojos llenos de fuego. Fuego que consumía ciudades enteras. Los Cargadores dejaron de ser un equipo para convertirse en un ejército en llamas: ya estaban listos para salir a jugar.

Se necesitó de todo para que se llevaran la victoria. Los Raiders jugaron un gran partido desde el comienzo. Impresionaron al público con un acarreamiento, y el *Oakland-Alameda County Coliseum* rugió al presenciar dos largas series de *touchdown* en la segunda mitad. De todas formas, los Cargadores aprovecharon los sabios consejos del señor Flores, y convirtieron varios terceros intentos, y dos pases para anotación que completó Santa Anna. De esa manera, pudieron acercarse al marcador al final del tercer cuarto.

Con el partido empatado, los mexicanos aprovecharon una patada de despeje bloqueada para colocarse en una buena posición y sumar tres puntos con el pie mágico de Gorostiza. Todo se veía perdido para los Raiders. A lo largo del último cuarto, los Cargadores habían demostrado conocer perfectamente el modo de juego de los locales. Pero eso no importó para que los Raiders lo arriesgaran

todo en un repentino y tan sorprendente esfuerzo, que resultó ser el último de la noche. Cerca del rango de gol de campo y pocos segundos por jugar, el mariscal Prescott cometió la clase de error que se tiene que evitar siempre: delatar la jugada. El *quarterback* movió a sus jugadores al último momento de tal forma que Arévalo se percató de inmediato de la estrategia y la confirmó en el lío de recuerdos que el señor Flores les hizo memorizar. Entonces, los Cargadores conversaron en solitario con su destino y se prepararon... aguardaron a que el mariscal corriera a su derecha hasta que la defensiva se le viniera encima, quien lanzaría cruzado el ovoide que fuera a interceptar Pacheco y acabaría con las oportunidades de los locales. El triunfo fue de aquellos que jamás abandonaron el empeño digno de perseguir sus anhelos. Aunque una inmensa cantidad de personas se metió a la vista y a la cabeza de los Cargadores, la única que logró atravesar el infinito laberinto de imágenes en su mente, quien merecía la victoria, fue la de Germán Flores; amante de las peleas de gallos y del albur. Amigo entrañable de la raza, mexicano.

Una vez más, el presidente de Estados Unidos, encabronado, se retiró con los humores de la ira consumiendo la superficie de su grisácea cara. Oakland se le iba de las manos como su credibilidad.

Estados Unidos les seguía remarcando la distancia con el México que velaba en sus corazones. Y entretanto, más les entraron las ganas a los Cargadores, de volver corriendo a su megalópolis construida sobre lagos. Con los rumores que corrían en el viento que soplaba en su trayecto a San Francisco, los mexicanos se quedaron horas absortos, extrañando y reviviendo los sabores de los tamales y de las salsas; los de los tacos al pastor, de buche, nana y nenepil. Las imágenes de los mariachis y los vendedores ambulantes alrededor

de avenidas infestadas de microbuses. De la Morenita del Tepeyac y sus chachitas de piel colorada y cabellos hasta la cintura. Del México que platea las noches con las luces de su corazón en el Zócalo. Del México mar de Acapulco, nácar y oleaje de sus recuerdos. México más que una ciudad, una adicción. Los Cargadores extrañaban tanto su país que se dejaron caer en una especie de modorra a colores, de somnolencia mexicana que les vino de perlas, porque no despertaron hasta que estuvieron a escasas millas del siguiente destino.

Llevaban tan marcada su patria que una de las primeras cosas que hicieron al llegar a San Francisco fue salir a buscar el barrio latino como si fuera una inclinación natural a repetir los espacios recorridos; la secreta intención de asegurarse de que hay territorios del nuevo paisaje al cual pudieran pertenecer. Habiendo encontrado su remanso de paz, los Cargadores se dejaron llevar por los latinos, y bailaron danzón y cantaron bolero hasta que los rayos del sol los empujaron de vuelta a su hotel. Por andar de noche de ronda con sus compadres, Santa Anna agarró un resfriado que lo llevó varios días a la cama con fiebre. Gravemente enfermo, el mariscal de los Cargadores no pudo ponerse a disposición de un médico, porque los gringos le salieron con el cuento de que nadie podía utilizar los servicios públicos sin que antes hubieran probado su derecho legal a estar en el país.

Así las cosas, todo el equipo se arrimó a un bar y se dejaron llevar por los tequilas y la nostalgia; balbuceaban como borrachos y gritaban como si no les importase que los escuchasen. Pero lo cierto es que, detrás de ellos, un viejo de túnicas multicolores les escuchaba atentamente, sumido en una silenciosa plática con sus pensamientos. Aquel anciano de cabello canoso y luenga barba, escuchó

la historia que aquejaba a Santa Anna, la tristeza de los mexicanos y su impotencia. Sólo en el momento en que los Cargadores parecieron convencerse de renunciar, el vejete del atuendo de arlequín se les acercó taimadamente, como si saliera de un lugar ignoto, de una tierra desconocida, para extenderles su ayuda.

El viejo se identificó como don Jesús, un yerbero indocumentado. A su rostro lo cubría parcialmente la mala iluminación del lugar y su voz resonaba como las palabras de un profeta. Aquel curandero ofreció auxiliar a Santa Anna sin obtener nada a cambio. El don de su altruismo, estratégicamente adiestrado a la intemperie del tiempo y del milagro, le era suficiente para sobrellevar los avatares del mundo. ¡Qué felicidad les colmó el corazón al escuchar al viejo! Los Cargadores querían tomarlo entre sus brazos y cargarlo, llenarlo de besos y rendirle pleitesía. Por mucho que sintieron los fríos de una tragedia al acercarse, los mexicanos se sintieron aliviados porque la imagen del curandero les brindó la divina calma de una promesa.

El mundo es milagroso en su totalidad y con tan sólo una noche antes de su encuentro con los 49's de San Francisco, los Cargadores llevaron a Santa Anna con el anciano. Bajo las verdaderas sombras que sobrevolaban la capital de la contracultura, el yerbero atribuyó a la enfermedad un origen por hechicería. Encantó los oídos del mariscal y después de una oración de partida, preparó un caldo con varios botones de peyote. Con palabras que sonaban como la música más dulce, don Jesús le mostró el camino que tenía que tomar y lo ayudó en su inicio hacia el entendimiento del universo. Le dio el caldo y le dijo que se lo bebiera a sorbos y a intervalos hasta que iniciara el partido al día siguiente.

Salió de casa del curandero con la idea de que el milagro esperado sólo permanecía en calidad de milagro porque no había sucedido todavía. Con esa idea infundiéndole de vida la cabeza, anduvo sin miedo por el barrio de San Francisco, alejado de las preocupaciones terrenales, muy relajado. Poco a poco luces de colores empezaron a flotar sobre las calles.

Esa noche, Santa Anna no pudo dormir debido al deleite eufórico del peyote. Al principio no había sentido nada, pero de manera gradual comenzó a sentir un temblor agradable en el cuerpo. No pasó mucho para que se restableciera de su caída como México lo hizo después del terremoto de su memoria.

Las visiones se hicieron cada vez más claras, tanto que el estadio *Candlestick Park* le pareció un palacio cubierto por gemas, como una visión chueca de la mítica ciudad de El Dorado. Vio los colores más extraños e inefables y las formas más hermosas e indescriptibles: estaba colocadísimo.

El duelo tuvo un único protagonista y éste fue Santa Anna, quien lanzó veintidós pases de anotación, incluidos ocho en la primera mitad, para derrotar a los 49's de San Francisco. El mariscal de los Cargadores de la Central de Abastos se convirtió en una auténtica pesadilla para la defensa local; rápidamente había sentenciado el partido con pases sensacionales que parecían contener un encanto mágico. Al término del partido nadie supo *qué pedo* salvo Santa Anna, y él sólo lo recuerda como una delicia inolvidable. Lo único importante es que cerraron el resultado final 154-27.

El presidente se hizo de humo y desapareció. De tan abierta que tenían la boca los gringos, parecía que una paloma estaba a punto de meterse en sus gordas bocazas.

Los Cargadores continuaron su aventura con la secreta encomienda de regresar con sus familias lo más pronto posible. En cada recoveco, en cada calle y en cada monumento, los mexicanos encontraron coincidencias y detalles, datos en su memoria que los llevaron a una reconstrucción del México que tanto añoraban. Porque caer vencido ante los recuerdos significaba reinventarse en realidad. Cerca del final de su travesía, que no resultaba más que una cursilería, los mexicanos se veían cansados, como si los últimos meses hubieran sido años para ellos, como si su permanencia en Estados Unidos los hubiera avejentado. Con ataques de melancolía debido a su imposibilidad de trajinar el conjunto milagroso de su México y la inexorable resolución a su aventura, los Cargadores de la Central de Abastos se dieron al ejercicio cotidiano de visitar todos los bares, tugurios, congales y restaurantes que presumieran de su mexicanidad. Con la compañía de sus amigos distrajeron el tedio de no poder reencontrarse con sus jainas y sus carnales; sus juergas no eran más que divertidas salidas que sosegaban la desesperación de estar tan lejos pero, al mismo tiempo, tan cerca de su país.

Con una línea privada que los transfería directamente a Dios, los Cargadores lanzaron sus plegarias con la anhelada espera de una contestación. Al no obtener respuesta alguna, una noche que impregnaba de bostezos la oscuridad de los suburbios americanos, los mexicanos se fueron para Tijuana, para salir de aquel espacio que no era suyo y regresar a ese lugar, al barrio de donde surgieron. Por más que los estragos producidos por el espectacular desarrollo de la actividad comercial, turística e industrial habían alterado radicalmente la ciudad, Tijuana no era más que otra ciudad cualquiera, un lugar enraizado en la rutina y las convenciones de la vida diaria. Una idea

tan clavada en su desvelado cerebro que tenía que ver con la familia, donde la gente crece, ama, ríe y sufre como en cualquier otro lugar.

Conforme avanzaron por las aceras —grandes crisoles donde la visión de los vencidos confluía con el violento mundo en movimiento—, los mexicanos poco a poco se dieron cuenta que, detrás de las luces de los insomnes burdeles, la música embriagante y los hoteles que rechinaban desacompañados, estaban atrapados entre el viaje ilusionado y el destino mismo; atorados entre la añoranza del pasado y la vaga ilusión del futuro. Porque sin México jamás habrían emprendido semejante hazaña. Era su terruño, la descripción de su México. El verdadero destino de los Cargadores.

En el barrio se borraron todos los sinsabores y los mexicanos sintieron que recuperaban toda su energía, cuando escucharon el uso del lenguaje coloquial, de su amado español empapado de idiolectos propios del mexicano de la Avenida Revolución. Por más que la bulliciosa personalidad que la “Esquina de México” logró ponderar hasta los golpes más duros, una suerte de abatimiento logró invadirlos. Quizá fue porque proyectaron la ciudad sobre su pasado para hacerle existir más allá de su presente, que sufrieron un amago de desfallecimiento imaginativo: recordar se les había vuelto inútil, y es que en Tijuana los recuerdos permanecían sepultados. No obstante, el mismo Dios, de quien esperaban contestación, los observaba atentamente, les seguía el paso de cerquita. A través de la línea directa que lo comunicaba con los Cargadores, les dijo que no desearasen, que aún les deparaban experiencias en Estados Unidos que les enriquecerían el alma. “México que acompaña al sol en un jardín lleno de flores, siempre tendrá un lugar asignado para ustedes”, sentenció. Y desde un rincón bajo cielo azteca, los mexicanos

lo escucharon claramente, como si en otros tiempos fuese la ineluctable verdad del oráculo. Viendo que sus letanías obtenían por fin una respuesta, los Cargadores asentaron en sus conclusiones que era tiempo de volver a San Diego.

Muy fácil es declarar que la llegada de una tragedia corresponde al destino o a un dios, pero al día siguiente entraron los burócratas del club y les dijeron: esto se tiene que acabar.

Detrás de los directivos, el cortejo del presidente le añadía más seriedad al edicto. Los mexicanos gruñeron reprimiendo sus deseos de estrangular a los gringos. No es que fueran coyones, pero al final el gobierno de Estados Unidos los amenazó con llevarse a sus mujeres, por lo que terminaron cediendo a sus demandas. El dolor mantiene un pacto absurdo con la vida: produce que la vida se sienta en demasía. Fue así como los Cargadores se encontraron frente a un nuevo abismo que ni siquiera con las alas de Ehécatl podrían atravesar. El presidente tomó el contrato con sus dedos envueltos por anillos de oro y lo rompió en dos bruscos movimientos.

De aquel encuentro no había quedado traza alguna más que una herida profunda. Desguansados y derrumbados en el desánimo, era inevitable sentir que el corazón trabajara al doble y no pudieran conciliar su sueño mexicano. Para ellos no existía la victoria sin sus chulonas, sin sus chachitas de ojos acaramelados, sin sus jainas, sin sus rucas, sin sus señoras, sin sus janitas, sin sus melcochas, sin sus mujeres que apenas les alcanzaba el tiempo para estar con ellas, sin sus medias naranjas, sin sus morras, sin las hijas de María Pistolas, sin el ajuar de su existencia.

Al día siguiente, cuando ingresaron al vestidor, todos llevaban puestas unas gafas oscuras para ocultar sus ojos hinchados de tanto

llorar. El silencio se sentó junto a ellos como si fuera otro jugador alicaído y los hombres le temían porque dejaba al descubierto sus esfuerzos y sus anhelos confundidos bajo el prisma del fracaso. Habiendo perdido antes de jugar, a los Cargadores no les quedó más que salir a suicidarse. Con tanto espanto había entrado la bravata del gobierno en sus corazoncitos que todos brindaron como si fuera el último ritual personal que le concedían a su aventura. “Que Dios nos bendiga”, los mexicanos se sumieron en sus más profundas plegarias. Afuera, los gritos de los fanáticos eran largos y ruidosos. Afuera, la gloria los esperaba.

No pudo haber sido más emocionante el partido que tuvo lugar en el Estadio *Qualcomm*. En un encuentro cerradísimo en el último cuarto, un extraordinario evento que no admite interpretación hizo de las suyas para conquistar el campo de batalla.

Faltando menos de dos minutos en el reloj y el marcador a favor de San Diego por dos puntos, los mexicanos se aventaron al abismo. En cuarta y diez para anotar, Montes de Oca aprovechó un hueco en la línea y se echó a correr; sus pulmones se inflaban y desinflaban como si la tira lo estuviera persiguiendo. A pesar de todo, justo antes de atravesar las últimas cinco yardas, tuvo un tropezón que aprovecharon los gringos para caerle encima sobre la línea de anotación. Los árbitros marcaron *touchdown*, pero tan rápido lo hicieron, algo sucedió en sus interiores que, después de un breve lapso, anularon la jugada y despojaron a los mexicanos del balón. Aun cuando los Cargadores de la Central de Abastos desafiaron la jugada, los árbitros no hicieron absolutamente nada y el partido continuó. Con menos de un minuto por jugar, los gringos pretendieron hincarse para comerse el tiempo que quedaba para el término del

encuentro, pero una fuerza imbatible que no imaginaban los iba a detener. Mientras que botellas e insultos volaron, todos los latinos e indocumentados irrumpieron en el campo para perseguir a los jugadores de San Diego, interrumpiendo el juego. Pletóricos de sed de justicia gritaron como auténticos guerreros emplumados hasta que los gringos se fueron al suelo y chuparon tierra. El partido tuvo que suspenderse.

Al día siguiente, los periódicos y la televisión inundaron el globo informando que casi dos mil heridos fue el saldo que dejó el ingreso violento de los inmigrantes al campo, donde se llevaba a cabo un partido de fútbol americano. Los Republicanos utilizaron la noticia para reforzar sus políticas. Fue noche de fiesta y guateque para los mexicanos.

En una reunión privada con el presidente de Estados Unidos, el gobernante les dijo que no iba a cambiar el marcador del partido después del teatrillo de los latinos.

—Ustedes pierden —les dijo en un español chapurreado—. Ustedes irse a casa.

Lejos de entristecerse, los mexicanos se pusieron recontentos al llegar al final de su recorrido. Eran unos afortunados. Su camino había sido largo y las calamidades pasaron a ser una ilusión entre un recuerdo y una situación prefabricada. Habían sido bendecidos por la divina oportunidad de hacerse de unos amigos, de sentir nuevas brisas que les besaran sus pechos perlados de sudor mexicano, de ser un grito ensordecedor que trascendería en el tiempo en forma de leyenda. Pero también estaban entusiasmados con el propósito de volver a su tierra; parecían ya saborear en su alma el abrazo de sus mujeres como si fuera el final postrero de sus años.

Antes de salir de San Diego, una multitud se arremolinó en la avenida principal a la espera de los Cargadores. Cuando el camión pasó junto a ellos, todos los latinos habidos y por haber en Estados Unidos se arrojaron sobre él y los mexicanos los escucharon por encima de sus sueños evocativos.

—¡Viva México, cabrones! —gritó el abuelo con sincera felicidad en sus ojos.

Parecía ser un día tranquilo y hermoso, sin una nube en el cielo que opacara la belleza del paisaje. Desde algún escondrijo en el cielo, Diosito los despidió. El camión se alejó a toda velocidad y los latinos los vieron perderse hasta convertirse en un punto en la distancia. Después, ese mismo punto sólo se convirtió en distancia.

OZZO

A veces se te olvida que abrían una tienda cada doce horas. A veces se te olvida que empezaron a cubrir cada uno de los puntos cardinales. A veces se te olvida que continuaron, a paso firme, extendiendo sus alcances. A veces se te olvida que ya no hubo competencia.

A veces se te olvida que no pasó mucho para que los primeros restaurantes Ozzo aparecieran. A veces se te olvida que el éxito fue tal que, en pocos días, no se daban abasto para contener a tantas personas. A veces se te olvida que abrieron más restaurantes al lado de las tiendas de conveniencia, ya sin respetar distancias prudentes.

A veces se te olvida que surgieron los movimientos en contra. A veces se te olvida la primera casa de modas. A veces se te olvida la colección de ropa deportiva. A veces se te olvidan las licencias que obtuvieron en zapatos, cinturones, lentes, pantalones de mezclilla

y cosméticos. A veces se te olvida que la ropa del Ozzo se vendía en más de doscientas mil tiendas a lo largo del país. A veces se te olvida que la lencería para dama, amarilla, roja y blanca, lo mismo entusiasmaba a la que tenía dieciséis años que a la de cabello encanecido.

A veces se te olvida que se animaron a proliferar en el giro del café. A veces se te olvida que los locales cambiaron, que fueron diseñados de forma cálida y acogedora. A veces se te olvida que te sentiste encandilado por el ambiente suave con sofás y una veloz conexión inalámbrica a internet. A veces se te olvida que los poetas cambiaron sus tertulias al Café Ozzo. A veces se te olvida que los políticos, para resolver negocios de fundamental importancia, se daban cita en el restaurante giratorio del Ozzo y ordenaban *coq au vin* para sentir que le daban gusto a su refinado paladar. A veces se te olvida que los Godínez, en cambio, manchaban sus corbatas de salsa sin importarles, pues los tacos de carnitas del Ozzo eran los mejores.

A veces se te olvida que el terreno no alcanzó y, por lo tanto, se realizaron ampliaciones sin supervisión. A veces se te olvida que empezaron por construir locales encima de las azoteas de los viejos. A veces se te olvida que éstos sólo obedecían a una sola regla: apoyarse en el edificio colindante. A veces se te olvida que el método fue simple.

A veces se te olvida que la luz natural fue transformándose en un privilegio; comenzaron a iluminar las calles con tubos fluorescentes. A veces se te olvida que la gente se vio obligada a crecer y a vivir bajo anuncios luminosos que centelleaban entre opresivas y oscuras callejas que ya no desafiaban la imaginación de sus ocupantes.

A veces se te olvida que dejaron de existir las críticas de oposición. A veces se te olvida que las editoriales señalaron que cambiarían sus artículos periodísticos por notas del Ozzo. A veces se te

olvida que las empresas eliminaron los programas y los sustituyeron enteramente por la publicidad del Ozzo. A veces se te olvida que a todos nos embrujó el Ozzo. A veces se te olvida que no visitarlo resultaba estar fuera de ambiente: *out*. A veces se te olvida que por más que nos urgiera la ejecución inmediata de ciertas cosas, todo se olvidaba al entrar en una de sus tiendas.

A veces se te olvida que una mañana ya tenían los patines, la avalancha, el patín del diablo y la bicicleta. A veces se te olvida que más tarde fue la motocicleta. A veces se te olvida que para quienes desearan estrenar su primer automóvil, el Ozzo ofertó dos modelos. A veces se te olvida que en menos de dos años, compró Lexus y Hyundai. A veces se te olvida que se adueñaron de Audi, Seat, Lincoln y Mercury. A veces se te olvida que tomaron bajo su control a Mercedes-Benz, Honda, Nissan, BMW y Toyota. A veces se te olvida, pues no hay mayor engaño que los propios ojos.

A veces se te olvida que el Palacio de Bellas Artes se convirtió en la primera tienda departamental del Ozzo. A veces se te olvida que a nadie le sorprendió; estábamos demasiado ocupados en sus aparadores. A veces se te olvida que soltó grandes sobornos para conseguir concesiones que la ley prohibía; inmensas mordidas para subvertir procesos democráticos y para soslayar regulaciones.

A veces se te olvida que el Ozzo ofreció sobornos por cien mil dólares para derrumbar el Kiosco Morisco. A veces se te olvida que entregó otros quinientos mil por el Jardín Botánico de la UNAM. A veces se te olvida que fueron un billón de dólares por Los Dinamos. A veces se te olvida que fundó su primera universidad —derribando previamente el Monumento a la Revolución—, un hospital y un aeropuerto.

A veces se te olvida que la universidad empezó a funcionar y la población estudiantil a crecer en cifras mayores a las previstas. A veces se te olvida que quienes inicialmente se atendían en las farmacias similares, pronto fueron recibidos en el Hospital Ozzo. A veces se te olvida que los que acostumbraban repantigarse incómodos en sus asientos de clase económica, volaron por el mismo precio en primera clase en las aerolíneas del Ozzo.

A veces se te olvida, pues trabajaste para ellos; tus hijos lo hicieron al igual que tus nietos. A veces se te olvida que limpiaste parabrisas para ellos, atendiste llamadas en sus *Call Center* y te quitaste la ropa en sus tugurios. A veces se te olvida que los martes, jueves, sábados y domingos, te fuiste bien necio al Hipódromo del Ozzo. A veces se te olvida que te graduaste con honores; arquitecto, contador, psicólogo, ingeniero. A veces se te olvida que rentaste un local entre una clínica dental Ozzo y una papelería Ozzo, debajo de una recaudería Ozzo y encima de un centro cognitivo-conductual Ozzo. A veces se te olvida que acudiste a sus mueblerías para decorar tu residencia. A veces se te olvida que te pusiste su versión del consolador con arnés. A veces se te olvida que visitaste sus museos. A veces se te olvida que aullaste de dolor cuando el equipo del Ozzo no pudo anotar el gol del empate.

A veces se te olvida que los latidos de tu esposa se vieron reemplazados por el ruido del Ozzo. A veces se te olvida que el rumor del viento fue asaltado por los proyectores de ultrasonidos del Ozzo. A veces se te olvida que los niños jugando en la calle fueron sustituidos por un Ozzo, tal vez dos, acaso tres.

A veces se te olvidan los laboratorios. A veces se te olvida que robaron niños. A veces se te olvida que les quitaban sus dientes y les

implantaban dentaduras del Ozzo. A veces se te olvida que les arrancaban los delicados cabellos y les injertaban mechones del Ozzo. A veces se te olvida que les quitaban órganos y les metían otros, marca Ozzo. A veces se te olvida que les instalaron fobias, angustias y obsesiones.

Sólo muy de vez en cuando te acuerdas de los doctores. Sólo muy de vez en cuando te acuerdas de tu cuerpo de indestructible acero. Sólo muy de vez en cuando te acuerdas de las manos y los pies de aluminio, intercambiables. Sólo muy de vez en cuando te acuerdas de los ojos telescópicos y las antenas retráctiles. Sólo muy de vez en cuando te acuerdas del corazón capaz de resistir el dolor de la separación de los amantes y a la radiación. Sólo muy de vez en cuando te acuerdas de las memorias desmontables, pero sólo muy de vez en cuando.

Heroína

El cuerpo de su amante yacía descompuesto; su rostro descansaba boca arriba. Los labios estaban separados y una línea de vómito se desprendía de las comisuras. Sus ojos bien abiertos.

Lividez.

—Amor, no te vayas... ¡Contéstame, por favor! Dime que duermes, que estás soñando bonito... No me dejes... Tú tienes que despertar...

Intentó reanimarla desesperadamente, rescatarla del reino de las sombras, pero aquellos esfuerzos le fueron infructuosos. Ella estaba muerta y él sintió el dolor de la muerte en vida. Le dio respiración de boca a boca; su aliento cálido pareció envolver los labios de un fantasma. Sin embargo, en aquel lugar de disociación, precipicio infranqueable de la ausencia perpetua, él no era un dios para permitirse descender al infierno y liberar a su amante.

Se atrancó en su habitación y su mirada se hizo totalmente inexpresiva como la de ella. Su espíritu dejó ir una parte esencial, como si renunciara involuntariamente a la felicidad, porque al morir su mujer, se extinguió también su vida. Absolutamente todo lo que vivía dentro de él, y que por lo tanto tenía algún valor, pereció. No quedó nada. En eso, le quitó un mechón de cabello de la frente, para verla mejor. Después miró las jeringas en la mesa de noche y volvió a mirarla durante un largo rato de confrontación interna. Poco después se acostó de lado contra ella, llorando incansablemente... Tanto, que pensó que sus lágrimas lo ahogarían en su propia miseria.

No se sentía con ánimos de hacer nada. Todo le sabía a vértigo, a puro abismo negro. La muerte de su amante era su propia muerte. Él no funcionaba si su mujer no estaba, pues ella era tiempo y él era reloj.

Mientras el adiós, a-dios, al-infinito cobraba verdadero sentido en sus pensamientos —su vida flotaba, ahora sí, sobre su vida solamente—, se abandonó a la desesperación de Morfeo; le entraron unas ganas terribles de dormir. No era un sueño vulgar y corriente, sino violento; le arrancaba la conciencia como alguien le arranca las alas a una mariposa. Por eso, sin pensar más, cerró los ojos y cayó de inmediato en un sopor tan profundo que no se podía ver el fondo.

Soñó con ella, en su belleza suprema; en su hermoso rostro donde hasta el enojo resultaba encantador. “¡Qué lindo volver a verla!”. Nada resultaba más importante que ella. “¡Cuánta felicidad en tan pocos segundos!”. Ni el mejor escritor podría acertar a reproducir semejante encanto. Ella apareció durmiendo y él jamás se borraría esa imagen de la cabeza. Aura blanca en medio de un

promontorio terrenal, era, sin duda alguna, la mujer más divina que había conocido. En el sueño, las imágenes de su amada le venían tan vívidas en cada detalle que claramente podía sentir su calor, tibio y acogedor, inundar la fantasía. Aunque habitara en las producciones oníricas, él sabía que la seguiría hasta el inconsciente. Sin embargo, justo en ese momento, la silueta de su amante empezó a disolverse al tiempo que el soñador comenzó a distinguir perfectamente los objetos a su alrededor. Finalmente abrió los ojos y comprobó que ya no estaba soñando; la conciencia se iba incorporando a la vista.

—¡Nooo! —sufrió amargamente.

¿Por qué tuvo que despertar? Todo lo ordinario, lo real, era absurdo porque existía; doloroso. Pese a que el reflejo de su amada se había quedado grabado en sus pupilas, no concordaba con la imagen a su lado. La piel de su mujer se había vuelto púrpura, las uñas palidecían por la ausencia de sangre y las manos y los pies estaban azules. No había nada para él ahí fuera. La vigilia le ocasionaba una insoportable sensación de asfixia. El joven soñador sólo quería estar con ella; ninguna de las demás cosas en el mundo hacía brotar una idea de felicidad en su cabeza. Por eso miró a su amada de piedra y se envolvió en la tibia madeja del sueño.

De nuevo su amada apareció durmiendo; los ronquidos y postura fetal indicaban un descenso a las aguas abisales del ensueño. Con esos ojos indescifrables, resonaba como arpa su corazón. Entonces él se puso muy feliz de volver a contemplarla. “¡Qué alegría!”. El lazo que los unía era tan fuerte que en los sueños su mujer lo acompañaba sin descanso. Ella lo llamaba desde lejos con mística voz y él sentía su luz rodeándolo cálidamente, pues juntos se borraban todos los sinsabores. “¡Qué lindo existir sin ser y

errar sempiternamente!”. Estas ideas acudían a la mente del soñador, quien estuvo a punto de perder el aliento frente a tanta belleza, pero no sucedió. Tan rápido empezó a entusiasmarse, la figura de su amante desapareció como si se esfumara entre la bruma. Asimismo, la luz también se apagó y el tiempo onírico que brillaba ilusoriamente llegó a su fin.

—¡Qué sensación tan grandiosa! —gritó cuando abrió los ojos—
¿Por qué tenía que terminar?

Abrió los ojos por tercera ocasión, asfixiado, jamás acostumbrado a que el cuerpo de su amada continuara todavía allí, a su lado. Al despertar, irónicamente la vida cesaba; sólo restaba la oscuridad. ¡No! Él no quería regresar a la sofocante realidad donde su mujer no era carne sino idea. Hay caminos que están trazados de cierta forma, que nada puede crecer en la tierra infértil de la realidad; sólo en sueños la vida le sabía. Por eso se dedicó a soñarla, a buscar la mejor creación de Eros en el mundo hipersensible de los oníricos. Tan sólo un instante breve —el colmo de una vida—, mirarla de nuevo.

El sueño empezó a imponerse y a nublarle la vista. Divina era la mejor palabra que le vino a la cabeza cuando la encontró dormitando sobre la cama. Recostada de lado, el fleco le cubría parcialmente la mejilla, jardín de inspiración. No roncaba pero, sin duda alguna, un fenómeno acústico emanaba de su boca. El pecho se inflaba y desinflaba como un latido largo y pronunciado. Entretanto la observaba y más se convencía de que no podía vivir sin ella. Desde jóvenes ella había sido la única; en su amada veía el final brillante del universo. Pese a que se acercó hasta casi tocarla, no pudo alcanzarla; *¡Pobre Rey Tántalo de los sueños!* De cualquier forma, el joven soñador se acurrucó junto a ella y la abrazó tiernamente. De esa manera la

sostuvo entre sus brazos hasta que la ensoñación comenzó a despedazarse dando paso a la realidad.

Inútil pretender, entender con razonamientos el amasijo irracional de sentimientos con los que, al parecer, lidian los amantes. Al levantarse, sintió un dolor agudo y profundo en las entrañas; insistente punzada. Entonces miró el enrojecimiento de la piel de su mujer y el *rigor mortis* que le empezaba a tensar los músculos. Asimismo, el olor a cadáver en verano llenaba la habitación. Incapaz de sobrellevar el peso de la vida —cuando la realidad no basta, hacen falta los sueños— y la muerte, bajo el efecto narcótico del ensueño, casi llegó a creer que volvía a tocar la felicidad. Y así la siguió evocando. La soñaba veinte veces al día, y en toda ocasión encontraba su reducto onírico.

La distracción natural se le desarrolló por completo, destruyendo despóticamente de su cuerpo todo sentimiento salvo una necesidad espiritual e indefinida de amor. No obstante, los sueños empezaron a abandonarlo; el tiempo real se llevaba las expresiones, los recuerdos, las facciones. Por más que empleara todas sus fuerzas en pensarla, cada vez duraba menos sumergido en los amantes brazos de Hipnos. De pronto su mujer aparecía y “¡qué hermosa vida en un segundo!”, pero tan rápido se manifestaba, la bruma envolvía al sueño para regresarlo a la realidad.

Al final, cuando los gases de los tejidos formaban grandes ampollas bajo la piel de su amada, el joven soñador ya no pudo visitar los recuerdos inconscientes; dejó de soñar. Cuando parecía que iba a ser asaltado por un ensueño violento, la vigilia se metía a hurtadillas en su conciencia. Si acaso llegaba a adormecerse, despertaba de inmediato. No es de extrañar que toda la vida del soñador conducía

directamente a su mujer, por lo tanto, tampoco resultaba extraño que decidiera tomar una de las jeringas que estaban sobre la mesa de noche e inyectarse. La heroína enardeció su imaginación y después de algunos efectos iniciales, sintió que se desmayaba.

Mantén un escorzo demasiado forzado. Aunque lo intentara, su cuerpo parecía haber perdido todo rastro de fuerza. Completamente paralizado, sólo sus ojos seguían en movimiento. Entonces la miró a ella y la antigua sensación de afecto le invadió de nuevo. “¡Qué bello!”; sus ojos fulgían con excitación. “¡Qué alegría!”. La situación le parecía un sueño, aunque no lograba sentirse como tal.

Imperaba el desorden, pero aun así logró entrever las siluetas de una ventana, de un escritorio y de un sofá. Las paredes del ensueño rezumaban una humedad desnuda. Todas las cosas le parecían conocidas conforme se le iban apareciendo. Luego se materializó una lámpara de latón y un par de calzones en el piso. Había una mesa de noche en cuyo borde se distinguían, aunque vagamente, un par de jeringas. “¡Dios mío!”. Al reconocer los objetos que ocupaban un espacio en el cuarto, un terror lo asaltó de inmediato. Se trataba, sin lugar a dudas, de su propia habitación. Allí se hallaba la cama. Y no sólo estaba su mujer durmiendo, sino que, extrañamente, él estaba junto a ella. El anterior paisaje oscuro se pintaba de luz.

El joven soñador quiso extender su mano sin conseguirlo. Intentó hablar, pero ningún fenómeno acústico prorrumpió de su boca. No le quedó más que observar lo inesperado dentro de lo esperado.

Su mujer dio un par de vueltas más en la cama y luego el alba rompió en sus ojos. Estiró sus brazos y contrajo sus músculos. “¡Qué linda se veía!”. Luego rodó hacia él, quien mantenía una posición descompuesta. Al tiempo que la grácil mano de su amada se

colocó alrededor del pecho, le dijo algo pero no obtuvo respuesta. En ese momento, ella se frotó los ojos y los volvió a abrir, sólo para encontrarlo con el rostro descansando sin vida. Desde un lugar en el que lo miraba y lo sentía todo, el soñador pudo ver cómo estaba abierta su boca y una línea de vómito se desprendía de sus comisuras. Sus ojos vidriosos.

Lividez.

Un solo segundo bastó para que pudiera darse cuenta de lo que pasaba; lo que era irremediable, lo ominoso. Lo que el joven experimentaba era algo que hurtaba la forma de un sueño: la realidad. Al principio lo invadió un pánico horroroso y sintió cómo su cuerpo se quedaba vacío, hueco, como si fuese un ataúd dentro de otro ataúd. No obstante, no tardó mucho en sentirse ligero, tan suave que el aliento de un sueño podría hacerlo volar. “¡Adiós, Sofía!”. ¡A-Dios, Sofía! ¡Al-Infinito, Sofía! En ese momento, una corriente de calma lo aspiró como si fuese una mota de polvo, un epílogo después de una serie de ensoñaciones, el eco de una catástrofe. En ese momento, su mujer empezó a sacudirlo con violencia, pero él no reaccionó. Entonces ella lloró tanto que sus lágrimas parecieron formar un río que la llevaría lejos. Sofía sintió el dolor de la muerte en vida:

—Amor, no te vayas... ¡Contéstame, por favor! Dime que duermes, que estás soñando bonito... No me dejes... Tú tienes que despertar...

Estatorreactor

Uy, mano, si yo soy de los pocos y de los últimos que quedan junto a los mozos. Aquí hay puro ruco con feria. Los demás, pues en la gloria de Dios. No, pues dormimos la mona junto a los animales, pero no se nos permite *tocarlos*, ya sabes. Nomás los limpiamos bien acá y sus cagaderas; los dejamos bien arregladitos y presentables, pero hasta *ai*. Todavía estamos muy chavos para meternos en camisa de once varas; esas son cosas de adultos.

¡Ay, qué mona! ¡Ay, qué bonita! Ni trajecitos de baño para ocultar la cola, el ano, los pelos. Noche de animales en la pasarela, de bufidos, maullidos y ladridos. Si te gustan, échales un aplauso. Si te *gustan gustan*, llévatelas al cuartucho. Parece un concurso de belleza animal, *pa'* no decirle *miss* que suena bien gacho, a *maestripper*.

Bien arregladitos y bañaditos; todos bien. Con ellos van los mejores perfumes, qué elegancia la de Francia, pase usted, por acá, a través del pasillo. Ni quién se asome a fisgonear. Llega toda la tripulación: el uniforme restante de nuestra mejor sociedad; el que ostenta soltería, el padre de tres hijos, el hermano de los hermanos. No cualquiera está a la altura.

Aquí ya no hay fotógrafos ni reporteros; nadie está tapando el espectáculo, nadie tiene que quitar su cabezota de en medio. Tampoco hay jueces, ni el típico 90-60-90. Ya no. Siéntese, por allá; dónde, aquélla, por aquí. Buen servicio en las mesas. El negocio en su punto; se empieza a emocionar la clientela dentro de la nave.

Güisqui del chido; los dos mozos corriendo a rellenar los jai-boles. La mente de los compradores puesta en el foro, la vista fija en ninguna parte. Con los nervios de una directora de teatro en visperas de un estreno, el alcohol les empieza a llegar, a ponerlos inquietos; sus últimos romances habían expirado diez años atrás... ¡Qué salgan los animales de una vez por todas!

Cuánto falta. La espera empieza a imponerse; la tripulación se siente demasiado joven e inmadura aunque ya un poco rucos, cargando los añotes que todavía no tienen. No silban, ni el “Cácaro” irrumpe de sus voces templadas. Su mímica y postura siguen siendo de hombres de mundo. Cuánto falta para soltar una feria para acceder a una satisfacción que sobreviene ante la mirada del espectador. Sin encuerarlas, eso ya fue. Cuánto falta. Ya estuvo. Las luces se encienden en la pasarela. El primer modelo viene saliendo. Ya está aquí. Empieza a desfilar.

La *señorita* Gallina, de Tamaulipas, reina del corral. ¡Ay, mamacita chula!, sin ti desfallezco. Qué fortuna el presenciar en exclusiva

el gran acontecimiento de muslitos. Mira cómo levanta las plumas de su larga cola; picotea aquí y allá. ¡Bizcocho! Los clientes despiden cálidos fluidos magnéticos. ¡Qué buen pecho! Espejito, espejito, ¿quién se quiere llevar esta chulada al cuartito?

La gallina revolotea en todas direcciones batiendo sus alas bien hehecitas: chulas de bonito. Lo que importa es el físico. *Cincho*. ¿Quién da más, selecto público? El número veintiséis levanta su paleta. El cuarenta y dos hace lo mismo. El once sentencia, par de monosílabos. ¡Vendida! Ese es mi gallo. La *señorita* Gallina baja la cabeza y la cola, agachándose; espejito, espejito, vámonos yendo.

Avorazado, el canijo número once; le aboba el rostro una candente sonrisa. Un besito aquí, un piquito por allá. Sereno moreno. Aguántese, ya sabemos que está menuda la condenada gallina, pero... Sígale por *ai*, derechito a la habitación. Se abre una pausa musical; cigarrito *pal'* estrés. Los mozos vuelven a escanciar el güisqui, pañuelos sudados; un poco de alcohol *pa'* los nervios y la libido.

Mientras tanto, basta con que un recuerdo se encienda como lámpara para que a su llamado comiencen a reunirse otros recuerdos. ¡Ay, las viejas! ¡Ay, mi *jaina*! ¡Ay, las chulas! Aunque lejanos, impávidos y ecuánimes hasta la frialdad, los clientes no pueden evitar las efusiones sentimentales. Elegantes y atildados, sueltan lágrimas de cocodrilo que nadie puede ver; desgañitan sus miserias en silencio. ¿Hace cuánto el mundo se fue a la mierda?

Miss Yegua, de Morelos, relincha poniéndole sabor a sus meneos. ¡Bombón! Qué gallina ni qué nada, ésta sí está *pa'* armarle todo el borlote que quiera. ¡Princesa! Reencarnación de la belleza, la castidad y lo puro. Mira cómo sacude sus crines bajo el tiroteo

de las luces estroboscópicas. A ver: un destello de picardía brota en sus *oclayos*.

Apenas la yegua mece las caderas en un suave masaje, y el número ochenta y nueve salta como chapulín: voy con tanto. ¡Virgen Santísima! El seis alza su paleta. ¿Ah sí? Entretanto, sonrío, bebé, sonrío. Noche de humo y sudor. ¿Quién da más? Las pasiones se desbordan; los modales untuosos de político van desapareciendo. ¿Usted? ¿El de allá? ¿El señor del bigote sin adjetivos? ¿Quién ofrece más por este bello espécimen?

¡Zas! Que se la lleva el treinta y tres; se ve hartito contento. Qué bonitas pecas tiene *miss* Yegua y cuánto le gustará contárselas en la cama. De pronto se sube de un salto al lomo de su *señorita* y la hace arrancar como una flecha en dirección a uno de los cuartos disponibles. ¡Paso *mecha*! Que eche las campanas al vuelo si eso lo hace feliz.

No, pues sírvame otra que ya se la llevaron. ‘Ora sí que ni modo. El muerto al pozo y nosotros al trago. El número catorce se levanta, se estira los faldones de la chaqueta y se retira. ¿*Affaire* pasajero? Niguas. Le gusta el juego, aplaude y se emborracha, pero no le entra al toro. Por último, se arregla el cuello de la camisa y desaparece en medio del ambiente cargado de ganas; ganas de coger. Cómo quisiera que su Adelita estuviera viva, amar a plenitud de nuevo; un ideal muy tiernito *pal*’ espacio.

¡*Híjole*, mano! ¿Quién viene por *ai*? Espejito, espejito, deja me froto los ojos y vuelvo a mirarte. En abierto contraste con la música que suena, una perra baila al compás de una de las canciones favoritas de la clientela. ¡*Fiu Fiu*! *Señorita* Perra, de Baja California, mueve la cola y ofrece su cabeza *pa’ que* la acaricien. Güerita, promesa velluda de amplio pecho que todos te quieren echar el can.

Una puja reñida; los compradores afilan sus paletas. Un resto aquí, un resto allá. ¡Véngase con su papi! Espérate *ai*. ¡Papas! ¿Quién fue el que dijo más? Número cuarenta y dos. Número veintiséis. Número ochenta y nueve. ¡*N'ombre!*, casi todos empiezan a sentir demasiado calor y unas gotitas de agua salada manchan sus labios, las axilas y sus bocas. Voy con esto. ¡*Sobres!* Todos quieren, *vámonos Ricky*. Incluso *miss* Perra se detiene por el desbarajuste; agacha las orejas y apoya el hocico en sus patas delanteras.

¡*Ay, cabrón!* Con el alma en un hilo, el número veintiséis se lleva la subasta. Hasta se le erizan los pelos por la impresión sufrida; los pensamientos perdidos en otra realidad, quizás en su mujer, en el olor de su cuerpo, en las caricias que ya no le dará, en los besos que nunca más volverá a tronarle en su trompita. Aplausos entre las mesas. ¡Bien, cabrón! Ninguno de los clientes puede evitar que una risa de envidia escape de sus labios perlados de alcohol.

Pellizquito de fe, *cabañeros*. Esperanza, ilusión y cierto cosquilleo en las partes. A la mente de los compradores le llega el recuerdo de Carmen, de su cabello inmóvil, de sus anchas y fértiles caderas, del sabor a gritos que desprendía su cuerpo. Espejito, espejito, qué horrible paz en estos años sin mujeres. Uy, y los demás evocando con nostalgia a sus Lauritas y a sus otras Carmencitas. Quién sabe cuántas fueron, pero fueron. Cuántas consiguieron arrebatarles el corazón en el pasado; pretérito, carnal. Espejito, espejito, el deseo es mayor que el hambre y la sed. Qué piernas, qué jamones. ¿Quién viene mugiendo por la pasarela?

Miss Vaca, menudita, de Sinaloa. Qué cuartilla, qué corvas, qué costillas. *A poco* no está re buena la méndiga. *Ay*, que me desmayo; pasea sensualmente el vientre, la ubre. Hipnotiza. Qué flanco, qué

corvejón, qué buena petaca se carga. ¡Róbame los suspiros, mamacita! Rumia, bonita, que quiero terminar con un *Ah*; ay, qué rico, ay, qué delicia y luego recostarme sobre las almohadas.

Si ya se la saben. Quien no agarra pareja *pal'* baile, pues no baila. Ni modo. Entonces los brazos se estiran a lo alto. En chinga. El que sigue. El que sigue. El que sigue. Lo hacen como robots, mano. Bien programados, bien mecánicos. 'Ora sí que el que traiga más ganas y más lana. Número ochenta y nueve. Número sesenta y seis. Número cuarenta y dos. Número dieciocho. Por la de Sinaloa, *cabañeros*. ¿Quién va con más? El que sigue. El que sigue. El que sigue.

Como en el hipódromo, güey. De alarido. *Quesque* iba cerrando fuerte el cuarenta y dos, pero se la lleva el afortunado número seis. ¡Vaya! Ojalá se porte a la altura. En eso que se sube a la tarima; me cortejas, coqueteo y ¡sácate las babuchas!, no se me pongan de acaramelados. La *señorita* Vaca muge mientras el número seis rumia pensamientos cochinos.

La banda se *destrampa* en silencio; puro *despapaye* interior. Ya sólo queda una; la última y nos vamos. ¿A dónde? De aquí jalo con vieja. Ya no quiero los ecos de un amor; quiero volver a dormir acompañado. De película, carnal. Cada uno de los clientes, *ai* en su pedo, chupe y chupe recordando con la morbosa lucidez del corazón roto. Hundidos, me cae, bien abajo en las aguas negras de la evocación masoquista.

Cancioncita suave *pal'* consuelo, su consomé de pollo *pal'* alma. La que viene es la buena, así que buzo *caperuzo*. Me la voy a robar, le voy a quitar lo virgen y nos vamos a casar. Que los escuche San Pedro. Vámonos recio, con *toño*. De aquí no salgo sin juntarme. Así

les pellizcan los pensamientos hasta la conciencia. Coger es la mejor defensa contra la inestabilidad de la soledad.

Por último, pero no menos importante: *miss* Cabra de Nuevo León. ¡*Ra ra ra!* ¡*Quihúbole!* Temperatura alta; pantalones empapados. ¡Hija de su güisquera madre! Si fueras rayada te comería de una vez. *Mmm*, barbuda, como mago de luengas barbas. ¡Quiero! Álzame desdeñosamente la perilla; un poquito más. Perfecto. ¡Balas como chamán del sexo!

Los jaiboles vuelan por encima de las mesas. ¡*Crash!* Voy con todo. La puja final empieza que arde. ¡Sobres! Aquí están todas mis pertenencias. ¡Que alguien llame a los bomberos! La tripulación se pone de pie en un salto; las paletas se dejan a un lado. Acá, acá. Se cruzan las ofertas de mesa en mesa. Se aplastan cigarrillos en los ceniceros, en el piso. Es mucha carne, mucha pierna exhibiéndose. Los humores se caldean; salen chispas de los números que quieren volver a ser humanos; retratos de una transformación. Voy con una cantidad obscena. ¡Lindura! ¡Tenga su lindura! Nadie se achica.

Pasa el tiempo; titipuchal de ruido, alharaquiento. A ver, póntele enfrente a una horda de cachondos en el abismo celeste. *Señorita* Chiva se pone inquieta. ¡Aguas!, que me la espantan. Yo, yo, yo. Por acá, pongo tanto. Qué pones ni qué tu abuela en patines. ¡Presta!, que yo doy más. Chocan asteroides y codos. Afloran rictus de pesadumbre. Fuera ropa que de pronto se deja venir el calor.

Nostalgia. De la buena, de la que te dobla. Esa *mesma*. Las camas son muy chicas aquí dentro del estatorreactor. Los números lloran, se inflan y se deshacen en lágrimas. Se rompen como la mujer que dejaron atrás. Nostalgia. Una herida profunda; escarcha sobre el

recuerdo, la criogenia del amor. Lo último de lo último. ¿Quién da más en esta soledad que muere como estrella? Nostalgia.

Ya es tarde y todavía tienen cuerda *pa'* rato. Nadie se cansa. Nel. En el aire flota una sensación de angustia compartida; los malos presagios adoptan la forma de reflexión. ¿Y si no me gano esos labios delgados, promesa de lúbricos placeres? Ya no me quiero sentir tan solo en este frío lugar. ¿Hasta cuándo volveré a sentir la humedad del sexo en el cuerpo? En el reflejo del casco se puede ver a la tripulación nerviosa como frijol saltarín; nuevo coraje con derrame de jugos biliares.

Luego la violencia los atraviesa. Me la voy a *abrochar*, me cae. Aquí *me la Pérez Prado* todos los demás. Muévete, mami; ¡Más! ¡Más! ¡Pelos! Ya no importa que sea de Nuevo León, o San Luis Potosí, de Mercurio o de Venus: en tiempos de guerra cualquier hoyo es trinchera. Los números que quieren un rostro, sulfurados por las cicatrices del alma que no sanan tan fácil, se enciman los unos contra los otros; primero esporádicamente, luego bien frenéticos.

Se arriman, se juntan, se pegan; el círculo de clientes se va cerrando hasta convertirse en punto. ¡Voy con todo!, grita una voz como agitador de plazuela, proveniente de doce hombres acariciando un síncope a diez mil años luz de sus evocaciones. ¡*Pácatelas!* Sobreviene el *desmóder*. De pronto, gruñidos sincopados, en aumento. Los números comienzan a esparcirse; los demonios de la lujuria aparecen: te voy a comer enterita.

Miss Cabra bala presa de un temor violento; ¡Todavía tiene blandido el pellejo! Los gritos se mezclan con el sonido sordo de la destrucción. Dentro de la cámara los números se vuelven unos animales, pues la naturaleza es fatal. Luego la horda se dispersa hacia todas las

habitaciones de la nave; los gemidos se intensifican con violencia guerrera. En eso, que las parejas del once y la gallina, el treinta y tres y la yegua, el veintiséis y la perra y el seis y la vaca tardan un momento en reponerse del teatrito, como dos perros cachondos separados a cubetazos. *¡Quihúbole!* ¿Qué está pasando? Ahuecando el ala, *jijos* de la guayaba.

En ese momento, los animales se dieron cuenta que los humanos, desnudos, no eran humanos. Muchos creían que haríamos una travesía interestelar excéntrica y que volveríamos, pero nanais. La neta es que nunca regresamos. Nostalgia.

Fantasia social

¡Basta!, le ordenas a tu cuerpo. Estás muy nervioso. El ojo pelón. Pasa que no duermes, pero sucede que no es una alucinación; la voz *aquella* capitaliza tu atención. “No seas pendejo, por el amor de Dios”. Das vueltas. Giras. No estás *pedo: mundo loco*. La ciudad de buitres en camisa polo, perras con tacón y puercos con uniforme, apenas ronca. Es temprano por la mañana. Caminas alrededor de la habitación como animal enjaulado. “Chinga tu madre”.

Enciendes el televisor y *¡compre!* Llévase en este momento el espectacular cuchillo de hojas forjadas en acero inoxidable, con un cabezal de polipropileno y un mango que no permite impresiones de huellas dactilares. ¡Ideal para usted! Duradero y equilibrado, de triple remachado y muy ligero. Lo último en tecnología. ¡Adquiéralo! Llame ya.

Tus ojos brillan, asientes con letal lentitud, pero los pulmones almacenan tristeza. Y odio. “¿Ya ves, ojete?, ¿ya ves?”. Discas el número. ¿Sí? Quisiera el cuchillo que están anunciando. Disculpe, señor, no tengo idea de qué está hablando. ¿No le interesa el bastón con el nuevo recipiente para orina? ¿Qué?, pero el comercial... ¿Está segura de que no venden cuchillos? No, señor. Cuelgas. ¿Qué te está pasando?

Entonces viene el vértigo y la desbandada. “Al chile, puto”. En la calle los bostezos de una ciudad *Bella Durmiente* y sin príncipe. El humo escapa de tus labios, ¿y tú?, ¿adónde vas? Espera. Detente. Caminas francamente alterado, acaso angustiado. “Porque eres maricón y me la pelas”. Y las voces cada vez más fuertes. “A la chingada”. Un pie hacia adelante, eso es, ahora el otro. Miradas en la pared que no hablan. Eres una sombra que se desliza sobre la pared. “Te voy a partir el hocico”. El rumor crece. Pasa que huyes de una voz, midiendo hasta las probabilidades de un encuentro a golpes.

Quién sabe qué tipo de energías heredan los edificios, pero Killmart se te presenta como un espejismo mágico. Como si fueras un niño que se deleita ante los aparadores de una dulcería, te quedas ahí parado. ¡Qué bonito lugar!, las luces tan blancas como la esperanza. Miras alrededor y te sientes encandilado por los soñadores que se apretujan los unos con los otros. Gracias al *mero mero* estás allí, donde no sólo el domingo es día de obligación.

Bienvenido a Killmart. Aproveche nuestra promoción, ya tenemos la bola viviente y viscosa que chupa la sangre de los humanos desde una almohada. Pasillo 8, criaturas monstruosas. Junto al pasillo de la ricina y el cianuro.

¡Qué atención, caray! De entrada ya sabes que vas a regresar. Disculpe, ¿dónde están las armas? Detrás de la verdulería infectada.

Pasillos 4 y 5. Gracias. *Ahora sí vas a ver, cabrón.* ¿No quiere probar el nuevo perfume Channel no. 5000, con altas cantidades, pero imperceptibles de insecticidas? Para su esposa. Tus mejillas se ponen coloradas. Qué pena tu soledad. Gracias. Para la próxima, ¿no?

Acérquese. Acércate. Pruebe nuestro aparato para hacer ejercicio. Comprobado. Con tan sólo una semana los usuarios verán un cambio notorio, pero sólo usted, caballero, sabrá que se están pudriendo por dentro. *Colgarán los tenis* sin la noción de que se están muriendo. O pruebe nuestra caminadora de la muerte. A través del uso, la banda va soltando pequeñas toxinas que de manera lenta envenenan al cuerpo. Muy agradecido, pero mejor un arma tradicional.

Nunca va a servir la violencia para entrar en los corazones, pero vaya que puede perforarlos. La roca es más fuerte que el agua, la violencia es más fuerte que el amor. En Killmart, los mejores precios para que asesines mejor.

Pasillo 4. ¿Qué demonios es eso? El Dispositivo Acústico de largo alcance, emite un potentísimo rayo con más de veinticinco grados de amplitud, ya sabe, muy agudo, que causa daños auditivos permanentes. ¿Y yo para qué quiero eso? Bueno, tenemos muchos compradores. Aficionados a la caza de animales, ballenas, delfines, usted sabe. ¿Y ese robot, qué es? Es la nueva máquina que no necesita de seres humanos para apuntar ya que cuenta con un sistema de seguimiento. Así es, detecta el movimiento. Muy bueno, ¿no cree? Como tal, dispara sin que usted se preocupe por jalar el gatillo. siete mil quinientos configuración de cañones múltiples. Me imagino que lo utilizan para derrocar gobiernos, claro está. Si quiere, tenemos esta arma de sensores fusionados. Usted imagine un ejército de bombas súper inteligentes que arrasan con todo a su paso.

La más pequeña aloja tres compartimientos cilíndricos con cinco bombas cada uno. La más grande cuenta con cincuenta compartimientos, más de dos mil quinientas bombas inteligentes. ¿Se acuerda de Laos? ¿Una bomba por cada habitante? Parecido. No, pues creo que voy a pasar.

Pasillo 5. Mira qué chulada. La *Glock*. Es la perfecta combinación de seguridad, elegancia y precisión. Te ves bien. Casi casi como policía gringo. Los norteamericanos la utilizan incluso para deporte. Indestructible. El armazón es de una sola pieza, liviana, 86% más ligera que el acero. Puede jalar el gatillo debajo del agua. Así es. ¿O qué le parece una *Smith & Wesson, ay*, Magnum .44? Seis tiros de doble acción. El arma favorita de *Harry Callahan*. Resistente, confiable. ¿O qué tal una AK-47? Puede pasar encima de ella, o incluso puede golpear a un hombre con la cabeza dura y siempre funcionará. Muy fácil de operar. ¿O quizá la *Desert Eagle*? Grueso calibre, mecanismo accionado por gas y el cañón no se mueve durante el disparo. 356 mm, 14 pulgadas. Es un arma pesada, para hombres. Oye, ¿ya te diste cuenta que ya no te siguen las voces? Pronto, nada más un recuerdo.

Eusebio Ramírez, favor de pasar al área de Antrax, Viruela y Ébola.
Eusebio Ramírez, favor de pasar al área de Antrax, Viruela y Ébola.

Qué difícil decisión. Por eso estoy aquí. ¿No me sientes? El pie hacia adelante, el que sigue, así es. Todos nuestros pescados contienen enfermedades, incluso tenemos delfín con mercurio. ¡Qué bien! Aquí sí hay síndrome de las vacas locas. Jugo de naranja con toxina botulínica. Refresco de cola con estricnina. SÓLO HOY descuentos de hasta el 50% en productos con fluoroacetato de sodio, compuesto 1080.

Tus pies apenas tocan el suelo y no te das cuenta. Yo te llevo. Pasillo 10, explosivos. ¿Le ayudo? ¿Qué desea? Explosivos de bajo orden, ¿para qué?, si quiere le regalo la pólvora. Mejor, un poco de trinitrotolueno... TNT. ¿Ha oído hablar de la Ciclonita, RDX? ¿PENT? ¿C-4? Por supuesto, muy popular en las películas de acción. También tenemos nitroglicerina. Sí, sí, sí, yo también vi la película. Pase usted.

Vacunas expiradas. Para sus hijos, señor. Para sus familiares. Llévese tres por el precio de dos. ¡¿Señor?! ¡¿Señor?! En Killmart no hay ruido aunque el tumulto esté en todas partes; aquí, allá, acullá, donde se cocina el gran negocio. ¿Ya viste a ese niño en sus cincuenta con su mamá? Mira el rostro de esa anciana, ¿en qué estará pensando al sostener ese papel higiénico con arsénico? Checa al joven, ¿quién será la víctima de esos cigarros que tienen polonio, talio, cadmio y radón? ¿Quiénes son esos hombres de traje verde, sospechosos? Máscara de abdominales para la cara. Ah, *chingá*. Para luchadores y fisicoculturistas (con veneno de víbora áspid). Tiene una foto de Cleopatra. Me cae, qué buena publicidad.

¿Te sientes más tranquilo? Aquel rumor... ¿ya no te molesta? La voz, ¿sigues escuchándola? Perfecto. Escoge lo que quieras. La bomba termobárica, la lámpara de baño con mercurio, el vino que destruye cuerpo y espíritu, ¿qué se te antoja? A gastarse hasta las perlas de la Virgen. ¿Una manopla con picos retráctiles? Me late. Ah, claro, también la Colt M1911, .45. Por supuesto. ¿Algún producto que no encontró? ¡*Chin!* Se me olvidó preguntar por el cuchillo mágico, ese que impide que se queden las huellas de uno. Por el momento se nos ha terminado, pero tan rápido nos llegue el próximo lote, se lo enviaremos sin costo a su domicilio. Sonríes. Qué bonita violencia, me gusta, ésa que sólo se puede mantener con violencia.

¿Cuánto es? ¿Un alma? Pendiente. Muchas gracias. Recuerda que ahora *tienes* que matar a ese hijo de su rejija, ¿me entiendes? Un alma. Curiosamente no estás dormido, tampoco es una ilusión. Es la realidad en la cual te inspiras. Sin embargo, es tiempo de cerrar los ojos. Anda. Ahora necesito que abras la boca. Así. Necesito que te tomes esta medicina. Eso es. Así. Muy bien. Ahora pásatela. Muy bien. Reposa. Sueña un poco porque necesitarás descansar para empezar a morir en este mundo de buitres en camisa polo, perras con tacón y puercos con uniforme.

Estás muy nervioso. El ojo pelón. Pasa que no duermes, pero sucede que no es una alucinación.

Perrera municipal

Mientras el taco le recuerda a mi boca el porqué existió, me acuerdo que se llevaron a los perros de la calle. Los exterminaron. Los desmembraron, desollaron y cercenaron en trocitos. Los vendieron en negocios de hamburguesas y taquerías, el famosísimo “suaperro”, y se los comieron con salsa y limón. Se acabaron los perros de la calle, y con ello, el suadero volvió a reinar sin rival.

Luego se acabaron los gatos y, a partir de aquel cruento hecho, surgió el “Movimiento por los Gatos” como respuesta de los escritores a la violencia cometida contra los felinos. “Por los maullidos de dolor se hizo la lucha”. En su inicio, el movimiento comenzó como una marcha por la justicia de los gatos, encabezado por un número astronómico de escritores, con el propósito de manifestar los agravios que la violencia había generado en la sociedad felina.

Después, se organizaron y demandaron al gobierno para que accediera a dialogar abiertamente sobre la estrategia que estaban llevando a cabo. Luego de reunirse con el presidente, el movimiento manifestó que se registraron más de diez mil secuestros en los últimos meses y que la manera de proceder de las autoridades continuaría e incluso sería más agresiva.

Los meses acaecieron morosamente. El movimiento consiguió más adeptos, sin embargo, el tiempo y el olvido lograron desmantelar al grupo hasta sus cenizas. Los poetas y novelistas, verdaderos amantes de los gatos, tuvieron que renunciar a su posición, adoptar otra mascota y relatar con profundo dolor (y por lo tanto, amor) en sus palabras, los tiempos en que existieron los gatos.

Se necesitaron nuevas tácticas y maniobras para atrapar a las ratas. Los “recolectores” no se daban abasto; eran tantas que nadie se atrevió a pensar en lo incuantificable y peligroso de sus filas. Se metieron en las grietas, en las coladeras, en las alcantarillas, por debajo de todo y su número parecía no disminuir. Aun así, las medidas que adoptó el gobierno fueron eficaces: la población se tragó más de tres millones de ratas en sus tortas y tortillas.

Por obvias razones, los que ostentaban el poder pronto endurecieron (aún más) su sensibilidad y se fueron contra los vagabundos. La calle no era libre, sino territorio con dueño ávido de sangre y dinero. ¿De qué servían los menesterosos, los mendigos y los indigentes? Pues de nada. Es más, acaso llegaban a ocasionar sentimientos de impotencia, dolor o tristeza. Los vagabundos hacían sentir mal a la gente y eso la perturbaba. ¡Estaban hasta el cepillo de los amargos sentimientos! ¿Por qué en esta ciudad donde es imprescindible haber sufrido, tenían que seguir sufriendo? No. Los

vagos debían correr la misma suerte que los perros o los gatos, el mismo infortunio de las ratas.

Así, fueron recogidos en las viejas camionetas de la perrera municipal. Los sacaban de las calles a la fuerza, cerrando de un golpe seco la puerta trasera de la camioneta mientras se los llevaban al alba con las caras sucias y demacradas. Ellos jamás verían la luz del sol ni volverían a poner un pie en la tierra. Vagabundo cogido por los recolectores iniciaba una breve vida de tormento y crueldad.

Los amontonaban por decenas en jaulas. Igual que en *Hansel y Gretel*, los sobrealimentaban con fines oscuros. Asimismo, los drogaban con el propósito de acelerar el ritmo de su crecimiento: que tuvieran más carnita. Sin embargo, los menesterosos engordaron con tal rapidez que sus cuerpos no pudieron con ello. El corazón, los pulmones y otros órganos no soportaron el enorme peso. Sus piernas se fracturaron, se quebraron en un chasquido sordo, brutal.

Ya empanzonados, los sometían a la electrocución. Dado que la compañía invirtió muchísimo en comprar un lote inmenso, bajaba demasiado el voltaje, por lo que muchos de los indigentes no quedaban totalmente insensibles y más bien sufrían de horribles tormentos antes de quedar aturcidos.

Los sobrantes que no podían ser empacados, se iban al molino de alimentos que trituraba huesos, pellejos y restos, y los procesaba: producto que servía de comida para los demás vagabundos. De esa manera alimentaban a los indigentes con los mismos mendigos y eso reducía el costo de forma considerable.

Lamentablemente, cada vez fueron empacando menos carne; se les estaban acabando los vagos, incluso los niños de la calle. Por

eso, se apresuraron a robarse los cadáveres que la corriente de violencia arrastraba hasta las carreteras, los puentes, en tambos o en los canales de la ciudad. Estuvieron muy atentos y pendientes, y se agandallaron de cuanto pudieron como buitres zumbando silenciosamente en un aire contaminado.

Los resultados en la ciudad se tradujeron en fiesta, ¡Hurra! ¡Ya no hay indigentes! Todo fue zapateo y convite, música, chelas y emoción. Como consecuencia, el proyecto se extendió a los barrios más afectados por la pobreza. Indígenas, *monosos*, jóvenes, ancianos en sus últimas arrugas, mujeres embarazadas, muchachitas preciosas de piel y cabello azabache, *piedrosos* y mariguanos; a todos se los llevó la perrera municipal.

Cadáveres con permiso del mandamás, si se podría decir. Cadáveres muy baratos. Nunca antes la carne había sido tan barata. Uno podía comerse un taco de pobre por un peso. Fueron tiempos gordos y gloriosos. Un tanto salados, de seguro por las lágrimas, pero buenos; estaban ricos. La felicidad en la ciudad era tal que uno eructaba y podía oler la paz.

El resto fue inevitable. Se limpiaron los barrios bajos y bravos, la materia prima fue escaseando hasta terminar con cada uno de los pobres y vagabundos. Al final, la planta funcionó por más de veinticinco años alimentando a la ciudad con sonrisas hasta quebrar; su no disputado reino tuvo fin. En el último día, el director encerró a todos sus trabajadores dentro de una habitación, donde los escaldó vivos y luego los procesó él mismo para sacarse una feria extra.

Ahora ya nadie escucha ni ladridos, ni maullidos, ni gritos desoladores de los que se habían quedado en la calle. La tranquilidad que experimentan es producto de la falta de memoria colectiva.

¡Uy, qué padre! ¡En mi país no hay pobreza!, gritan embriagados por la madre de las musas. A nadie le importa, pero ahora dicen que se están llevando ancianos cuando en mi taco hay un pelo encanecido.

Sistema penal

Una madrugada fría, con los primeros signos de alborear, una ciudad entera despertaba de un largo sueño. En su mayoría sueños plácidos, pero lo que encontrarían suspendido en el aire los enviaría a una especie de pesadilla.

Las personas salieron hasta el quicio de sus casas en pos del periódico. Lo que no sabían era que el Sol había hablado para reportarse enfermo y no iría a trabajar. En cambio, lo que encontraron fue un enorme pene en el cielo.

En el espacio comprendido dentro de los límites que abarca la visión, la presencia del miembro viril hizo que las personas fueran olvidándose de las triviales inquietudes de la rutina.

Las madres taparon los ojos de sus niños para que no vieran el espectáculo. Las órdenes religiosas sufrieron un amago de desfalle-

cimiento antes de disponerse a hablarle a la Cruz Roja. Los únicos tranquilos: los jóvenes.

Durante tres cuartos de hora, la ciudad no podía reaccionar de su marasmo, cuando los noticiarios inundaron las calles. Los dip-sómanos dejaron su trago de lado para otear alelados la verga en la televisión, mientras los psicoanalistas no sabían si reír o llorar.

Así como el teléfono del observatorio, el de la jefatura de policía no dejó de sonar. ¡La gente estaba desesperada! y, con aspecto de infinita desolación, una palidez mortal subió a sus semblantes.

Quieto en el aire, el pito despertó más controversia que la visita del Dalai Lama; a la mayoría le dio el patatús y otorgaron al silencio el protagonismo de su estupor.

Sobre todo se sentían tan amenazados por la verga que vagaron durante todo el día sin rumbo, como zombies. El alba recorrió el cielo con los mismos imperturbables naranjas, el mediodía pasó con sus refulgentes azules y la tarde reposó con un divino dorado.

A la hora en que debía ponerse el falo, la ciudad entera, sumida en una angustia calcinante, miró al cielo en espera de la llegada de la Luna. Lo que no sabían era que la Luna había hablado para reportarse enferma y tampoco iría a trabajar. Tras el ocaso, una vagina apareció en el cielo.

Índice

- 9 Tendencia
- 13 Baile de máscaras
- 19 Las diez plagas de México
- 27 Santa Mañana
- 33 Hospital Siglo XXII
- 37 En el desierto
- 39 Bebés vietnamitas
- 43 Fantasma urbano
- 47 Los Cargadores de la Central de Abastos
- 81 Ozzo

87 Heroína

95 Estatorreactor

105 Fantasía social

111 Perrera municipal

117 Sistema penal



Convención onírica

de Bernardo Barrientos Domínguez,

se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Jano, S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, supervisión en imprenta y portada: Daniel Centeno Fuentes. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.





